TODO LO VENCE AMOR

Ó

LA PATA DE CABRA

MELO-MIMO-DRAMA MITOLÓGICO-BURLESCO

DE MAGIA Y DE GRANDE ESPECTÁCULO

EN TRES ACTOS

POR

DON JUAN DE GRIMALDI

Quinta edición

M. P. D.

MADRID

TIPOGRAFÍA DE LOS SUCESORES DE CUESTA

Calle de la Cava-alta, núm. 5.

1899

PERSONAS	ACTORES
Don Juan, amante de	P. Montaño.
Doña Leonor, pupila de	J. Baus.
Don Lope	A. Azcona.
Don Simplicio	A. de Guzmán.
Lazarillo, paje de D. Simplicio.	J. de Guzmán.
Don Gonzalo	A. Silbostri.
Cupido	F. Casanova.
Vulcano	A. Rubio.
Las tres Gracias	Bailarinas.
Un Escribano	M. Morales.
Un Alguacil	M. Casanova.
Un Aldeano	N.
Otro	N.
Un Labrador	J. Lledó.
Una Aldeana	M. Inestrosa.
Un Criado	N.
Un Cíclope	A. Cairón.
Un Músico	A. Llord.

Cíclopes, Paisanos, Criados, Músicos y Alguaciles.

La escena pasa en las inmediaciones de Zaragoza á principios del siglo XV.

Esta composición pertenece á la Galería Dramática que comprende los teatros moderno, antiguo, español y extranjero, y es propiedad de su editor, *D. Manuel Pedro Delgado,* quien perseguirá ante la ley, para que se le apliquen las penas que marca la misma, al que sin su permiso la reimprima ó represente en algún teatro del reino, ó en los liceos y demás sociedades sostenidas por subscripción de los socios, con arreglo á la ley de propiedad intelectual de 10 de Enero de 1879 y publicada en la *Gaceta* del 12 del propio mes y año.

ADVERTENCIA

Existía en el archivo del Teatro de la Cruz, desde el año de 1816, una comedia de magia traducida del francés, con el título de *La Pata de Carnero,* habilitada de censuras para su representación. Algunas personas han propalado, con más ó menos buena fe, que *La Pata de Cabra* es la referida traducción ú otra versión no menos literal de la pieza francesa. No es así. Si bien el autor de *La Pata de Cabra* ha tenido á la vista dicho original; si ha imitado de él muchas cosas, y aun traducido otras; si ha conservado el fondo del carácter de Don Simplicio, no por eso puede llamarse su obra *traducción* en el sentido que se da vulgarmente á esta voz; antes bien puede asegurar, sin temor de verse desmentido, que *La Pata de Cabra* es más original que muchas comedias que se venden por tales, pues casi todas las gracias que el público ha celebrado en el diálogo, y singularmente las que tanto ha hecho valer nuestro inimitable Guzmán, son *originales,* ya que no lo sea *del todo* el cuadro que las encierra. Fácil hubiera sido demostrar la notable diferencia que existe en-

722595

tre *La Pata de Carnero* y *La Pata de Cabra* imprimiéndolas juntas; pero esto fuera dar á la cuestión una importancia harto petulante. El autor de *La Pata de Cabra* no aspiró con ella á lauros literarios; sólo quiso proporcionar á la Empresa de los teatros medios de llamar gente, y nadie, por cierto, negará que ha logrado su objeto.

ACTO PRIMERO

El teatro representa un bosque muy espeso. Hay una cueva en el fondo, y á la izquierda del actor un banco de peñasco al pie de un árbol. Es de noche. Alumbra la luz de la luna.

ESCENA PRIMERA

DON JUAN solo, sentado al pie de un árbol

JUAN. ¡Es mucha suerte la mía! ¡Que todo lo que emprendo me haya de salir mal! He probado todos los oficios. Empecé en el foro; pero con muchos escrúpulos, debí tener pocos clientes; emprendo la medicina, y ve aquí que una desgraciada casualidad me hace curar á mis enfermos. ¡Puf! Todos mis compañeros se sublevan contra el mal ejemplo que doy. Acudo á las armas, y sólo porrazos encuentro, ascensos ninguno. Compongo música... ¡pero ca! sin ser italiano... ya se ve... En fin, quiero escribir... ¡Ay Jesús! ¿Escribir? ¡Que no me hubiese antes tirado al mar! Si hasta ahora logró consolarme de tan repetidos golpes de la fortuna este inalterable genio alegre, único bien que me haya deparado el cielo, ¿cómo resistir á la nueva desgracia que me abruma? Consigo el cariño de la más linda, de la más rica aragonesa. Siendo mi Leonor huérfana, como yo; alegre, como yo; amante, como yo, la más dulce simpatía parecía ofrecernos el más halagüeño porvenir. Logro vencer el obstáculo que

se me presentaba, que era el introducirme en su casa, ó por mejor decir, en la cárcel donde la tiene esclavizada su severo tutor. Estaba éste buscando para ella un maestro de dibujo; me presento bajo un nombre supuesto, y como afortunadamente yo no era propio para el empleo, lo conseguí al momento. Pero cuando iba ya á llegar el día en que un casamiento secreto debía asegurar mi perpetua felidad, todo se desvanece como un sueño. Me reconocen; me echan de casa, y queriéndome entregar á la justicia como seductor, me persiguen el inexorable tutor y un imbécil pretendiente de mi amada. Ya se ve, ¿qué había de hacer? Huir de Zaragoza. ¡Huir! Bien está; pero ¿adónde, sin recursos, sin amigos, sin protectores? Aniquilado ya por el cansancio y el hambre, pronto, sí, lo conozco, muy pronto, una muerte lenta y espantosa... mas, ¿qué digo? ¡Una muerte lenta! ¿Y á qué esperarla? ¿No tengo armas? Vamos, valor, y me ahorraré los tormentos que me amenazan. Leonor, Leonor adorada, adiós, adiós para siempre. Y tú, amor, ingrato y caprichoso amor, que te negaste á favorecer al más fiel de tus esclavos, yo te maldigo. (Acerca las pistolas á su frente, como para matarse, y de repente se le escapan de las manos y vuelan por el aire, donde disparan. Al mismo tiempo sale el dios Cupido del tronco del árbol á cuyo pie está sentado don Juan.)

ESCENA II

DON JUAN y CUPIDO

CUPIDO. ¡Insensato! ¿Qué haces?

JUAN. ¡Gran Dios! ¡Qué prodigio! ¡Eh! ¿No lo dije yo que todo me ha de salir mal, cuando no puedo lograr ni aun matarme?

CUPIDO. ¡Matarte! Tonto, ¿y por qué?

JUAN. Me gusta la pregunta. Después de haber causado

tú solo mis males, niño maligno, ¿aún preguntas qué motivos tengo para aborrecer la vida?

CUPIDO. Calla, calla, que eres tú más niño que yo. Pues hombre, si todos los que tienen quejas de mí recurrieran al suicidio, ¿dónde iba á parar el mundo? ¡Ay, cuántas viudas!

JUAN. ¿Qué quieres? Viéndome ó creyéndome abandonado de tí, la muerte me pareció mi único amparo. Acudí á ella con franqueza... porque, ya ves, yo he sido médico. (Se ríe Cupido.) Vamos, no deja de ser mérito.

CUPIDO. Pero, ¿y de dónde, ingrato, pudiste inferir que yo te abandonaba? Así sois todos: al menor contratiempo me acusáis, cuando vuestra pusilanimidad ó vuestra natural inconstancia siempre son las únicas causas de los males que me atribuís. Cansados de la perseverancia que exijo de todos los que aspiran á mis favores, el uno va cada día á imitar hipócritamente á los pies de nueva dama un lenguaje que no inspiro yo más de una vez, y luego dicen: «Ya se ve, como ese picarillo tiene alas...» Otro, tomándolo más á lo vivo, se desespera, se mata. «El amor es un monstruo», exclaman todos. Pobre de mí, y cuán injustos son los mortales con un pobre niño que...

JUAN. ¡Ah, taimado!

CUPIDO. ¿Te ríes? Pues no tardarás en convencerte de esa injusticia de que me quejo. Yo quiero que seas un memorable ejemplo de que el amor suministra á los que lo quieren medios para triunfar de todos los obstáculos, y á eso he venido. Muy pronto tendrás que agradecerme el que haya llegado á tiempo para estorbar tus designios de destrucción, y de ahorrarte esta locura más que ibas á añadir á las mil que tienes hechas.

JUAN. Yo te juro que esta hubiera sido la última.

CUPIDO. Ya lo creo. Pero al grano. ¿Tienes valor?

JUAN. ¡Hombre!.. (Como ofendido con la pregunta.)

CUPIDO. Poco á poco. Le vas á necesitar. Contempla sin

terror y en el mayor silencio la escena extraordinaria que te permito presenciar. (Cupido, con una de sus flechas, señala un gran círculo en el suelo, y luego en el aire. La luna y las aguas de un torrente que se ve en el fondo se cubren de un color de sangre. Se oyen truenos horrorosos, precedidos de relámpagos. Se abre la cueva, y arroja llamas. Salen de ella varios genios. Unos traen una enorme urna antigua; otros una cabra negra: ponen la cabra dentro de la urna; la consume un rayo, y no queda de ella más que una pata, que uno de los genios entrega respetuosamente á Cupido. Luego se retiran los genios, llevándose la urna. Cesan los relámpagos y truenos; vuelven la luna y las aguas á su color natural.)

CUPIDO. Admite este regalo. (Presentando la pata á don Juan.)

JUAN. ¡Toma!.. ¡Tanto ruido para una pata de cabra!

CUPIDO. ¡Temerario! Respeta lo que no está al alcance de tu entendimiento.

JUAN. Pero hombre, ¿á quién se le ocurre?...

CUPIDO. Calla, y admite agradecido. Este es un talismán que debe asegurar tu felicidad. Mientras le conserves en tu posesión triunfarás de tus enemigos, y podrás contar con el logro de tus deseos.

JUAN. ¡Cómo! ¿Con sólo formar un deseo al momento le he de ver cumplido?

CUPIDO. No por cierto. Si tal virtud tuviese el talismán llegaría á serte funesto, porque suele engañarse el hombre en sus deseos. Hartas veces encuentra la desgracia donde creyó hallar la dicha. Conque, nada le pidas al precioso tesoro que te confío. Guarda el más profundo secreto acerca de su posesión, y entrégate ciegamente á su mágico poder. Este, por sí mismo, obrará como y cuando mejor convenga para tu bien, y dentro de poco, gracias á él, serás esposo de Leonor.

JUAN. ¡Esposo de Leonor! ¡Ay! Patita de mi alma, perdóname el haber dudado de tí. Yo ignoraba cuánto vales. ¡Oh vanidad de los juicios humanos! Así nos engañan las apariencias; así insultamos con frecuencia al mérito que no podemos conocer.

CUPIDO. Ya debes estar contento. Me voy, pues, que por tí no han de padecer mis demás clientes. No te olvides de mi último encargo: sigilo y confianza.

JUAN. ¡Qué! ¿Tan pronto me dejas? Oye... atiende.

CUPIDO. A propósito; ¿quieres que te devuelva tus pistolas? (Volviendo.)

JUAN. Calla... (Confuso.) Sé más generoso.

CUPIDO. Y qué, ¿no querías matarte? Tonto, ya lo ves; no hay que desesperarse nunca. A veces en el mismo fondo del abismo, donde creyó uno caer para siempre, es donde descubre la senda que le ha de guiar á la felicidad. Adiós, adiós.

JUAN. No te he de dejar partir antes de haber probado tu talismán; no te irás, yo lo juro. (Quiere asir á Cupido de las alas; pero se le escapa por el aire.)

CUPIDO. ¿Quieres sujetar al amor? Medio infalible para hacerle huir. Adiós... Adiós.

ESCENA III

DON JUAN

JUAN. Vaya una aventura singular. (Riendo á carcajadas.) Como que estaré sin duda soñando. Pero no; (Tocándose) soy yo, yo mismo en carne y huesos; despierto estoy. Este es indudablemente el bosque donde me refugié; reconozco el sitio; ya no tengo mis armas; aquí está la preciosa patita. Vamos, vamos, no hay duda, todo ha sido real y efectivo, aunque lejos de mis alcances, y pronto voy á ser feliz, según las promesas de mi amable y singular protector. ¡Feliz yo, feliz con mi Leonor! Uf... me ahoga la sola idea de tanta fortuna; ¿qué será, pues, cuando se realice? Bien dicen, ya empiezo á conocerlo, que es difícil sobrellevar una repentina prosperidad. ¡Pero, vamos á la prueba! Volvamos á Zaragoza, y sobre todo no olvidemos el último encargo de mi bienhechor: sigilo y confianza.

ESCENA IV

Campiña. Á la derecha fachada de la casa de don Lope. Su aspecto es el de un castillo del siglo XII ó XIII, nueva, aunque incompletamente restaurada.

DON LOPE, DON SIMPLICIO y LAZARILLO

SIMPL. Pues dígole á usted, señor don Lope, que la acogida es de buen agüero. Abandono, á instancias de usted, mi noble y antiguo solar, y llego presuroso á recibir la mano de mi señora doña Leonor, y no bien entro en Zaragoza, cuando, sin dejarme siquiera apear del caballo, me anuncia usted que un rival preferido ha logrado introducirse en su casa, que lo acaba usted de descubrir, que debemos mi paje Lazarillo y yo correr en persecución suya.

LOPE. ¿Y á quién tocaba el honor de castigar al fementido seductor sino á usted, que podía considerarse ya como esposo de mi pupila?

SIMPL. Ya... pero bien podía usted presentarme primero á mi interesante novia, como yo lo pretendía. Me parecía regular que conociese al menos á la fermosa dama en cuyo obsequio iba á comprometerse mi ardor caballeresco.

LOPE. Pero, hombre, ¿no le dije á usted ya por qué no pudo ser? Si ya no paraba en casa Leonor; si acababa de marcharse cuando usted llegó, porque lo primero que hice cuando encontré á sus pies el oculto don Juan, fué y debió ser el mandarla de prisa y corriendo á esta quinta, á fin de tener yo más libertad para correr en pos del seductor. ¡Y cuánto siento ahora haberle cedido á usted esta empresa, confiado en que estaba más seguro su éxito en manos de un hombre más joven, más ágil, y, si usted me apura, aún más interesado que yo mismo en el asunto! Pero,

hombre, ¿cómo es posible que no le hayan ustedes pillado, huyendo él á pie y persiguiéndole ustedes á caballo?

SIMPL. Ya, pero si él se internó en lo más espeso del bosque inmediato, mal nos podían valer los caballos.

LOPE. Pero, ¿cómo no le alcanzaron ustedes antes de llegar al bosque?

SIMPL. ¡Ca! Si llegamos dos horas después.

LOPE. ¡Habiendo salido casi al mismo tiempo!

SIMPL. Y habiendo corrido á mata caballo Lazarillo y yo más de tres horas.

LOPE. Hombre, ¡tres horas para una legua!

SIMPL. Sí, señor; ¿qué tiene esto de particular? Pero bien pensado, no debe usted sentir el que se nos haya escapado.

LOPE. ¿Por qué?

SIMPL. Porque si lo encuentro sucede una desgracia. Yo no me contentaba con prenderle. Era capaz de... ¿qué sé yo? Así, mansito y todo como usted me ve... en llegando á enfadarme, ni un león... mato, destrozo, aunque se me pusiera delante el mismo demonio.

LOPE. ¡Hombre! ¿Y se enfada usted á menudo?

SIMPL. Nunca; y si no dígalo Lazarillo. (Lazarillo hace seña afirmativa.)

LOPE. En fin, ¡cómo ha de ser! Contentémonos por ahora con haberle ahuyentado de Zaragoza, y entremos á descansar, que bien lo ha de necesitar usted después de haber corrido una legua á mata caballo en tres horas. (Con ironía.)

SIMPL. ¡Qué he de necesitar descanso, si la fatiga es una diversión para este cuerpo hercúleo! ¿Verdad, Lazarillo? (Seña de Lazarillo.) Entremos con todo, que ardo por ver á la que ha de ser mi mujer. La tengo dispuesta cierta arenguita amorosa que espero no la desagrade. Por supuesto, ya que quedo sin rival y me presento solo, absolutamente solo, lograré más fácilmente ser el preferido.

LOPE. ¿Quién lo duda? Por esto la traje á esta quinta, donde no tendremos ya que temer las empresas de tanto galán. No podía darse habitación más adecuada á nuestras miras. Como ha sido castillo de los antiguos señores de la comarca, conserva aún sus torreones, rastrillos, fosos y contrafosos; como que á pesar de la mucha obra que he hecho, más traza tiene de fortaleza antigua que no de una quinta moderna. Ya ve usted que todo esto es muy á propósito para sentar el juicio de una coquetilla atolondrada, y guarecerse de los nuevos ardides que pudieran ocurrírsele al don Juan.

SIMPL. ¿Qué ardides ni que alcachofas? Ahora que estoy yo de por medio no hay cuidado, y si no... (Seña de Lazarillo.)

LOPE. Sin embargo, no hay que dormirse. No se puede perdonar precaución alguna. Ya por mi parte he encargado á un amigo cuatro dueñas escogidas entre las más severas, y hoy mismo las espero. Su activa vigilancia nos asegurará de Leonor. Además, interpondré toda mi autoridad, y no dudo que tantos medios reunidos llegarán á vencer la resistencia de nuestra rebelde.

SIMPL. Y en medio de tantos medios no cuenta usted el más eficaz, el irresistible ascendiente de mi amabilidad. Dígalo Lazarillo. (Seña de éste.) Es tal, que ninguna mujer quiso nunca hacerme caso.

LOPE. ¡Cómo!

SIMPL. Lo que usted oye... porque todas temían no poderme resistir en llegando una vez á escucharme.

LOPE. Vamos, vamos... pero, calla; aquí llega Leonor. (Aparte á don Simplicio.) Cuidado.

SIMPL. Déjeme usted hacer... Verá usted, verá usted.

ESCENA V

LEONOR, DON LOPE, DON SIMPLICIO y LAZARILLO

LOPE. Lucero, aquí tienes al esposo que elegí para tí, el señor don Simplicio Bobadilla de Majaderano y Cabeza de Buey, uno de los mayorazgos más distinguidos de Navarra. Espero que su talento, su buena presencia y sus riquezas lograrán muy pronto borrar de tu memoria á ese perillanzuelo que quiso abusar de tu poca experiencia.

LEONOR. ¡Ja, ja, ja! (Después de haber mirado á don Simplicio de pies á cabeza, prorrumpe en una carcajada.) ¿Es el señor el decantado novio que prefiere usted á don Juan? Lindo regalo por cierto; ¡ja, ja, ja!

SIMPL. Malo. (Aparte á don Lope.) Estas risas no me parecen nada lisonjeras; mas todo lo compondrá la arenga. Verá usted, verá usted. (A Leonor.) Señora, tenéis á la vista á un joven fijodalgo que viene á poner su corazón en vuestros pies.

LEONOR. ¿Qué está usted diciendo?

SIMPL. A poner sus pies á vuestro corazón. (Movimiento de don Lope.) ¡Bestia! Su corazón á vuestros pies. Sois joven, no soy viejo; sois bella, no soy feo; sois rica, no soy pobre; tenéis talento, no soy tonto; cuya cuenta y razón de recíprocos caudales, digo, de recíprocas cualidades, demuestra que en unión con el sentimiento de la esperanza, cuyo acendrado amor... y si no... aquí está Lazarillo... (Seña de Lazarillo.)

LEONOR. (Riéndose.) Diga usted, señor fijodalgo, ¿ha estado usted mucho tiempo para componer su preciosa arenga?

SIMPL. ¡Ca! Señora, si apeándome del caballo... (A Lazarillo.) ¿Verdad? (Seña de Lazarillo.)

LEONOR. Merece respuesta, y la daré. Mi querido tutor podrá al paso aprovecharse de ella. Aunque mi corazón estuviese libre, no admitiría la mano de

usted, y mucho menos queriendo, me complazco en repetirlo. queriendo, y para siempre, á don Juan. El sólo será mi esposo.

LOPE. ¡Qué audacia!

LEONOR. El tiene talento, valor y constancia, y sabrá encontrar arbitrios para libertarme del cautiverio en que se trata de detenerme, y yo declaro formalmente á ustedes que le ayudaré por mi parte en cuanto emprenda para nuestra común felicidad.

LOPE. Esto ya pasa de raya.

SIMPL. Pues señor, quedé lucido. (A Lazarillo.)

LOPE. Veremos si se burla usted impunemente de mi autoridad; de hoy en adelante los medios más rigorosos...

LEONOR. Todos son vanos; aunque usted consiguiera llevarme hasta el pie de los altares, allí mismo oiría usted de mi boca un no tan distintamente articulado, que no habría medio de pasar adelante.

SIMPL. Digo... pues se explica la niña.

LOPE. Pues sepa usted, atrevida, que hoy mismo la he de entregar en manos de cuatro dueñas, las más duras, las más inflexibles, las más incorruptibles.

LEONOR. Bueno, bueno... ¿dónde están?

LOPE. Pronto llegarán.

LEONOR. Ya quisiera verlas aquí. ¡Qué divertidas caricaturas voy á tener al lado! ¡Con qué gusto las haré rabiar! Por de pronto, á dos ó tres he de matar á pesadumbres. Eso me distraerá.

SIMPL. ¡Pues no tiene malas distracciones!

LOPE. Señor don Simplicio, no haga usted caso. (A Leonor.) Hase visto desvergonzada... Pero veremos, veremos.

LEONOR. ¿Qué hemos de ver? Si yo he de dejar burlados todos sus planes de usted. Yo los conozco; usted espera rendirme á fuerza de fastidio. Pero no saldrá con la suya; ¿no conoce usted mi genio? De todo me he de reir: de las dueñas, de usted,

y del señor también si insiste en sus pretensiones. Pero, adiós, que pierdo aquí un tiempo precioso. Voy volando á estudiar unas coplillas nuevas compuestas por mi don Juan para cantarse el día de nuestras bodas, á las que quedáis convidados el señor, usted y las dueñas. Adiós. (Vase riendo.)

LOPE. Perdone usted, don Simplicio; estoy confuso; no sé lo que me pasa; sigámosla, y no la perdamos de vista.

SIMPL. ¡Calabazas á un Cabeza de Buey! Estoy fuera de mí; ven, Lazarillo, ven á consolar á tu desgraciado amo. (Entran todos en casa de don Lope.)

ESCENA VI

DON JUAN y á poco MÚSICOS, y luego DON SIMPLICIO

JUAN. Heme aquí por fin cerca de mi adorada... Pero ¿de qué medio me he de valer para que lo sepa? Ese es su balcón según me han informado; si pudiera de algún modo llamar su atención sin que los de casa... ¡Ah! cantando las coplillas que compuse para ella, y ella sola conoce; ya, pero sin instrumentos, y luego mi voz, voz tan conocida... (Óyense preludios instrumentales.) ¿De dónde nacen estos preludios? (Ábrese la tierra y salen de ella cuatro músicos.) ¡Hola! Pues esto cabalmente es lo que me hacía falta. ¡Oh preciosa patita! A tí sin duda debo este obsequio.

MÚSIC. ¿Qué tienes que mandar? Aquí estamos para favorecer tus miras.

JUAN. Muchas gracias, señores; pues siendo así, vamos, pronto, un conciertito impromtu para la bella Leonor. ¡Si hubiera tiempo para que ustedes aprendiesen unas coplillas mías!

MÚSIC. Ya las sabemos.

JUAN. Estos sí que son *virtuosi*. Parece que hay más habilidad debajo de la tierra que no encima.

Cuántos cantantes y músicos conozco yo que necesitarían hacerse enterrar por algún tiempo.
(Cantan los músicos dos coplas de una jota aragonesa.)

Envidia tiene la luna
y las estrellas y el sol
á los ojos hechiceros
de la hermosa Leonor.

Viva, viva. A su gloria cantemos,
Que es el ramillete y la gala del Ebro.

La humilde fortuna mía
por un imperio no doy,
cuando el labio me sonríe
de la hermosa Leonor.
Viva, etc.

SIMPL. (He sentido música y he maliciado que podía haber gato encerrado; me he colado por la puertecita del jardín... ¡Hola, hola!... El don Juanito con una compañía de ópera; á ver, á ver.)
(Se asoma Leonor al balcón y cantan los músicos otras dos coplas.)

Dios del amor, tus cadenas
bendice mi corazón;
¡qué mucho, si las arrastro
por la hermosa Leonor!
Viva, etc.

Cupido huyó de Citeres
á los valles de Aragón,
al brillar la dulce aurora
de la hermosa Leonor.
Viva, etc.

LEONOR. ¿Es posible, bien mío, que vuelva á verte?

JUAN. Sí, Leonor de mi vida; vuelvo siempre más tierno y más fiel, y vuelvo para libertarte de la esclavitud en que pretende detenerte tu odioso tutor, y sustraerte á los insulsos obsequios de ese tonto á quien destina tu mano.

SIMPL. Muchas gracias por lo que me toca.

LEONOR. Ay, querido, trabajo tendrás. Has de saber que á todos los obstáculos que nos separan ya, debe aún don Lope añadir hoy la vigilancia de cuatro dueñas que se están esperando de un momento á otro. Pero no temas, no lograrán jamás, por más que intenten, alterar el amor que te profeso.

SIMPL. Allá lo veremos.

JUAN. ¡Cielos! Alguien nos acecha.

SIMPL. Don Lope, Lazarillo, á él, á él; aquí está.

JUAN. Miserable, defiéndete. (Desenvainando la espada.)

SIMPL. Eso sí que no. Cuánto mejor es echar á correr; á él, á él; alarma, alarma. (Vase.)

JUAN. Amigos (Á los músicos), esto se va ya poniendo serio, huya el que pueda. (Vase.)

ESCENA VII

DON LOPE, DON SIMPLICIO, MÚSICOS y CRIADOS armados

SIMPL. Ahí está, ahí está.

LOPE. ¡Qué estrépito! ¿Qué es esto?

SIMPL. El don Juan, con una caterva de músicos.

LOPE. ¿Dónde, dónde están?

SIMPL. Vedlos aquí. (Los músicos se transforman en dueñas.)

LOPE. ¿Está usted en su juicio? Hombre, si son las dueñas que estamos esperando con tanta impaciencia.

MÚSIC. Sí, señor; y esta carta de don Hilarión, su amigo de usted...

LOPE. (Después de haber leído.) No hay duda, ellas son; que sea enhorabuena, señoras.

SIMPL. ¡Qué señoras, ni qué espárragos! No son malas señoras. Repito á usted que son músicos ó demonios. Si los he visto yo, visto con estos ojos, lo que se llama visto, hombre. Estaban con don Juan, á quien ahuyentó sin duda mi tremendo aspecto.

LOPE. ¡Eh! Don Simplicio, ya veo que el amor y los celos le trastornan á usted el juicio. Vamos, señoras; voy á presentaros á mi pupila.

MÚSIC. A las órdenes de usted, caballero.

SIMPL. Hombre, ¿qué está usted haciendo? ¡Introducir en la casa á esta maldita orquesta!

LOPE. Vuelva usted en sí, don Simplicio... Pasen ustedes adelante, señoras.

SIMPL. Pero si le digo á usted que estas brujas son músicos.

LOPE. Hombre, déjeme usted en paz con mil demonios.

SIMPL. Ó con cuatro... pero...

LOPE. Vamos, está visto; el pobre perdió la cabeza.

SIMPL. ¡No la he de perder, hombre de Satanás, viendo tal obstinación! (Entran todos en la casa.)

ESCENA VIII

Cuarto de Leonor. Puertas á derecha é izquierda. Á la derecha un tocador elegante con su espejo. En medio otro espejo de cuerpo entero. Varios retratos muy antiguos adornan el cuarto.

LEONOR

LEONOR. Estoy sin vida. Salió mi tutor contra don Juan; le acompañaron todos los criados con armas. Si mi amigo trata de oponer alguna resistencia, sucumbe infaliblemente. ¡Gran Dios!... Y ese papanatas de don Simplicio que ha dado el alarma, y que, por consiguiente, será causa de cuanto pueda haber ocurrido de funesto... ¡Ah! Si hasta ahora sólo me pareció ridículo, ¡cuánto va á serme odioso en adelante! Siento ruido. Deseo y temo á un tiempo de saber lo que ha pasado.

ESCENA IX

DON LOPE y LEONOR

LEONOR. Y bien, señor, ¿qué ha sucedido? (Asustada.)

LOPE. ¿Qué ha de haber sucedido? Yo no sé lo que sig-

nifica el alarma de don Simplicio, el tono de tu pregunta... ¿Habréis perdido todos la chabeta en casa?

LEONOR. ¿Pero no habéis salido ahora mismo apresurado de casa?

LOPE. ¿Y qué?

LEONOR. ¿Y no habéis encontrado?...

LOPE. ¿Á quién?

LEONOR. Á don Juan.

LOPE. ¡Otra te pego! ¿No lo dije yo que estaban locos? ¡Todos soñando con don Juan! No, señora; á quien he encontrado en la puerta de casa, pese á usted, es á las cuatro dueñas que estaba esperando... ¿qué tal?

LEONOR. Qué, ¿no habéis visto á don Juan?

LOPE. ¡Dale, bola! ¡Eh! ¿Quién ha sabido de él desde que huyó de casa?

LEONOR. ¿Pero no habéis visto?...

LOPE. ¡Un demonio! ¿Dónde quieres que le haya visto?

LEONOR. (¡Ya respiro!)

LOPE. ¿Si creerás que seré yo tan loco como tú y don Simplicio, que, aunque con distintos motivos, os figuráis ver al tal don Juanito en todas partes? ¡Buena alhaja, por cierto, tu tierno amante! ¿Qué se ha hecho esa constancia á toda prueba que tanto alababas en él? ¿Qué? ¿Duerme su genio emprendedor? ¿No decías que pronto había de volver, que pronto emplearía recursos extraordinarios para libertarte? ¡Necia! ¡Y qué poco conoces á los hombres! Apostaría que ni siquiera se acuerda ya de tí. Ya ves que no le has merecido ni el menor esfuerzo para darte noticias suyas. ¡Ah, Leonor; otra en tu lugar estaría indignada de su conducta!

LEONOR. ¿Sí? Pues á mí me encanta.

LOPE. ¡Hola! Pues más vale así; á fe que eres indulgente. Á bien que él no ha dejado de conocer que saldrían fallidas todas sus tentativas. Ya... ya... él me conoce, y sabe que nadie me la pega dos

veces. Digo, y ahora, con el auxilio de los argos que me han enviado... veremos si consigues burlar la incesante vigilancia que te va á circundar en adelante.

LEONOR. En verdad, señor tutor de mi alma, que conseguirá usted envanecerme y darme de mí misma una idea superior. ¡Cómo! ¿Tantas precauciones contra mí? Á fe á fe que empiezo á creerme mucha persona.

LOPE. Sí, sí; ríase usted, ríase usted de mi cautela. Sobrará, si usted quiere, la que empleo; pero más vale así, que si llegase á faltar... ¡Eh! sepa usted que sus venerables doncellas no la han de perder de vista ni de día ni de noche; y como aún no se ha hecho costumbre el que no duerman nunca las dueñas, he acordado que para la noche convengan entre ellas en un turno de guardia dispuesto de modo que queden siempre á lo menos dos al lado de usted, y que se me pueda dar cuenta de hora en hora de todas sus acciones, movimientos, palabras...

LEONOR. ¿Y pensamientos tal vez? ¿Por qué no? Á bien que es excusado; yo se los manifiesto á usted con bastante franqueza. Conque ya estoy presa, ¿eh? ¿Si se figurará usted que yo voy á adoptar el tono triste y consternado de una cautiva? ¡Ja, ja, ja!... Pronto se convencerá usted de que no puede ser guardar una mujer.

LOPE. Allá lo veredes, dijo Agrajes. Señoras, pasen ustedes adelante.

ESCENA X

Dichos, y DON SIMPLICIO dentro

SIMPL. No, señor, no lo he de sufrir, no entrarán ustedes. (A don Lope.) Es posible, ¿hombre porfiado, hombre testarudísimo, hombre... aragonés por fin; es posible que usted se empeñe en entregar

su pupila á esas pretendidas dueñas, á pesar de cuanto le dije? Repito que ví á don Juan con cuatro músicos en la puerta de usted, que no había tales dueñas, que eso será sin duda un disfraz con que mi rival trata de introducir sus emisarios.

LOPE. No sea usted majadero.

SIMPL. Por vida de... Señora, á la franqueza de usted apelo. ¿No estaba usted hace un rato asomada al balcón?

LEONOR. Sí, señor.

SIMPL. ¿No estaban unos músicos tañendo y cantando en el portal?

LEONOR. Sí, señor.

SIMPL.. ¿No estaba al frente el don Juan?

LEONOR. Sí, señor.

SIMPL. ¿No habló con usted?

LEONOR. Sí, señor.

SIMPL. ¿No dijo que yo era un tonto?

LEONOR. Sí, señor.

SIMPL. ¿No dijo que siempre la amaría á usted?

LEONOR. Sí, señor.

SIMPL. Y usted, ¿no le contestó otro tanto?

LEONOR. Sí, señor.

SIMPL. ¡Qué tal! (A don Lope.) Pues dígole á usted que en llegando á casarme con ella...

LEONOR. Sí, señor; sí, señor; sí, señor. (Incomodada.)

LOPE. Desvergonzada. ¿Conque ese pícaro se atreve todavía?... A bien que yo sabré vengarme. Señor don Simplicio, no se desanime usted: usted ha de ser su marido. Pero...

SIMPL. Pero, pero... ¡qué pero, ni qué manzano! Qué tal, muy señor mío, ¿son músicos ó son dueñas?

LOPE. Hombre, ¿qué tiene que ver lo uno con lo otro? Bien, estuvo don Juan con sus músicos en el portal; dáis voces; oye que acudimos en fuerza; huye con su gente; da la casualidad que llegan en el mismo momento las dueñas, y no encontramos sino á ellas. Yo no veo en todo esto nada que no se explique muy naturalmente.

SIMPL. Pero, ¿no podían ser los mismos músicos disfrazados?

LOPE. Sí, que en un abrir y cerrar de ojos han mudado de traje, y de cara, y... ¡Eh! (Irónicamente.) No sé cómo me detengo en contestar á tantas vaciedades... ¿Y la carta de recomendación de don Hilarión?

SIMPL. Vamos, ya me voy convenciendo: que entren, pues. (Con todo, bueno será no perderlas de vista.)

LOPE. Conque, señoras, adelante. Ya conocéis mis intenciones. Espero que las seguiréis al pie de la letra. (Vase con don Simplicio.)

ESCENA XI

LEONOR y MÚSICOS vestidos de dueñas

MÚSIC. Señorita, á las órdenes de usted.

LEONOR. Querréis decir á las de mi tutor. Pero una vez que él os ha manifestado sus intenciones, bueno será que yo también os dé á conocer las mías. Yo ignoro qué salario os habrá señalado don Lope; pero por crecido que sea, siempre será poco en comparación de los trabajos que os esperan. Habéis de saber, en primer lugar, que me sucede á menudo dar, á un mismo tiempo, diez órdenes contradictorias, y que exijo, sin embargo, se cumplan todas sobre la marcha. De noche me levanto doce ó quince veces para ir á dar una vuelta al jardín, y, como pupila obediente y respetuosa, no me descuidaré en despertaros para que me acompañéis, según lo mandó mi tutor. De día mudo ocho ó diez veces de traje, y empleo dos horas largas en cada tocador. ¡Ja, ja, ja! de antemano río de la vida divertida que váis á llevar. A ver, á ver; quiero desde ahora probar vuestra habilidad. Vamos, la más diestra de ustedes venga á peinarme. Vamos, avivarse.

MÚSIC. Señora, un poco de paciencia... Ya voy.

LEONOR. Venga una silla. Quisiera un peinado con flores... pero no las tengo aquí; id pronto á buscarlas en un cajón que encontraréis ahí dentro, encima de la cómoda. (Leonor se sienta al tocador. Este se transforma en un trono de flores, donde está don Juan presentándola una corona de rosas, mientras que las cuatro dueñas se transforman en ninfas que se agrupan al rededor de ella, enlazando á los dos amantes con guirnaldas de flores.) ¡Qué veo! ¡Don Juan! ¡Qué prodigio!

JUAN. Oh, Leonor mía, contempla en mí al más feliz de los mortales.

ESCENA XII

Dichos y DON SIMPLICIO

SIMPL. ¡Virgen del Pilar! Ahora con una compañía de baile... pronto, á don Lope... á ver si dirá otra vez que veo visiones.

LEONOR. Explícame, bien mío, por qué medios sobrenaturales...

JUAN. No me preguntes nada, Leonor, y celebremos los efectos sin indagar las causas.

SIMPL. Por aquí... por aquí... Ya verán ustedes.

LEONOR. Somos perdidos... Simplicio llega con mi tutor; ¿qué haremos, Dios mío?

JUAN. ¿Qué sé yo? (Á las ninfas.) ¿Ustedes, por supuesto, sabrán lo que tienen que hacer en tal apuro? (Las ninfas responden que sí.)

LEONOR. ¿Y tú?... Por ahora ocúltate en mi cuarto... ya no hay tiempo... ¡Oh! Detrás de ese espejo. ¿Y todo ese aparato? ¿Y mi tocador? (Vuelve el tocador á su forma primera, y desaparecen las ninfas. Don Juan está escondido detrás del espejo.)

ESCENA XIII

DON JUAN, LEONOR, DON LOPE, DON SIMPLICIO y CRIADOS armados.

SIMPL. Le digo á usted que estoy cierto, ciertísimo. ¿Dónde está?

LOPE. ¿Sabe usted, señor don Simplicio, que ya empiezan á cansarme sus extravagancias?

SIMPL. Diga usted lo que quiera. Yo puedo jurar que lo acabo de ver á los pies de la señorita con una compañía de baile completa.

LOPE. ¡Eh! Majadero; siempre á vueltas con la compañía de baile, con la compañía de ópera.

SIMPL. Es que las tengo sentadas en el estómago.

LOPE. Es que está usted viendo visiones.

SIMPL. ¿Visiones? Pues el tiempo lo dirá.

LOPE. ¿Me hará usted el favor, señorita, de decirme dónde están sus dueñas? (Á Leonor.)

LEONOR. Qué, ¿acaso estaba yo encargada de velar sobre ellas? Había creído lo contrario.

SIMPL. ¿Qué dueñas? Bien lo dije yo que no había tales carneros. Ya, como son brujas, ¡brrr!, se habrán volado... No lo dude usted, señor don Lope, aquí hay magia; el mismo demonio se ha introducido en casa.

LOPE. Yo confieso que empieza á confundirme tanto embrollo.

SIMPL. Pues yo no me confundo tan fácilmente, y no desespero de descubrir á mi alevoso rival. No es brujo él, no tiene alas y no habrá podido volar con ellas. Por consiguiente, estará por ahí escondido en algún rincón. Voy á revolver la casa de arriba abajo, y si doy con él, si doy con él... seguidme vosotros (A los criados), y vamos en su busca.

JUAN. Busca. (Escondido.)

SIMPL. Ya se ve que buscaré, y para descubrirle, para

darle el merecido castigo, todo lo revolveremos. (A don Lope, creyendo que es él quien ha hablado.)

JUAN. Veremos. (Escondido.)

SIMPL. Sí, señor, lo verá usted. (A don Lope.)

LOPE. Pero, hombre, ¿á qué me viene usted á mí?...

SIMPL. Sí, señor, á usted, á usted. ¿Qué significa eso de busca?... Veremos... Eso es dudar y dudar de mi valor, y yo no acostumbro á tolerar ultraje igual ni del mismo... Pero, ¿á qué perder tiempo? Manos á la obra, y si no salgo con honor de mi empresa, diga usted que don Simplicio Bobadilla es un tonto.

JUAN. Tonto. (Escondido.)

SIMPL. Esta sala tiene eco. (Temblando.)

LOPE. ¿A qué vienen estas risas, señorita? (Se ríe Leonor.)

LEONOR. Me ha hecho gracia el talento que tiene el eco en acertar.

SIMPL. Su eco de usted, señorita, es un grosero, un...

LOPE. Ya estoy convencido de que don Juan está escondido en esta pieza. (A Leonor.) Si le descubrimos, temblad.

JUAN. Temblad. (Escondido.)

LOPE. Esta es su voz, no lo puedo dudar. Busquemos. La voz me ha parecido salir de...

JUAN. Aquí, aquí. (Escondido.)

SIMPL. Detrás del espejo, detrás del espejo. (Va don Lope con los criados á registrar.)

LOPE. Pues si no hay nadie.

TODOS. ¡Nadie! (Atónitos.)

SIMPL. Pues magia, brujerías.

LEONOR. ¿Qué significa todo lo que pasa hoy con don Juan? ¿Si estaré soñando?

LOPE. Pero usted, señorita, ¿nos hará el favor de explicarnos tanto misterio?

SIMPL. Sí, sí, explicarnos...

LEONOR. ¿Y cómo podré explicaros lo que yo misma no alcanzo?

LOPE. Pero, en suma, ¿entró aquí don Juan?

LEONOR. Sí, señor.

LOPE. ¿Salió?
LEONOR. No, señor.
LOPE. ¿Conque se escondió?
LEONOR. Sí, señor.
LOPE. Y ¿dónde?
LEONOR. Detrás de ese espejo.
LOPE. Os burláis; si acabo de registrar, y nada...
SIMPL. ¡Eh! El miedo os turbaría la vista. Pero no hay duda que ahí está. Todos hemos distinguido su voz en esa dirección.
LOPE. Una vez que yo registré con miedo, ¿por qué no va usted? Usted que es más valiente, puede...
SIMPL. Ya se ve que iré... (Temblando se aleja del espejo.)
LEONOR. No, es aquel el camino. (Mofándose.) Vamos, ánimo, señor don Simplicio; por aquí, por aquí.
SIMPL. Si, señora, que iré, y el tal don Juan... Vamos allá, vamos allá. A él, á él, amigos. (Echa delante de sí á los criados, que también tiemblan. Al fin se acercan al espejo, y no atreviéndose á mirar detrás, le inclinan de cabeza al suelo, hacia sí, de forma que quedando descubierto el sitio donde se ocultó don Juan, vean todos que ha desaparecido. Luego llevan el espejo á otro punto de la sala.) Pues, bien mirado, me alegro de no haberle encontrado.
LOPE. ¿Por qué?
SIMPL. Porque una vez cara á cara con él, yo podía perderme. ¿Quién sabe las resultas? (Echando mano á la espada.)
LEONOR. Ja, ja, ja. (Riéndose á carcajadas.) ¡Pobrecito!
LOPE. Tanto descaro ya pasa de raya. (A Leonor.) Se me acabó la paciencia. ¡Burlarse en estos términos de un padre!
SIMPL. ¡De un esposo, como quien dice!
LOPE. Llevadla al punto á una de las torres del castillo. (A los criados.) Allí ha de permanecer hasta que sumisa admita la noble mano del esposo que la presento.
SIMPL. Bien hecho.
LOPE. ¿Qué os detiene? (A los criados.) Vamos, obedeced.

(Se dispenen los criados á prender á Leonor. Sale don Juan de detrás del espejo.)

JUAN. Deteneos, ó temedlo todo de mi furor.

SIMPL. A ver si me engañé cuando dije que detrás del espejo...

JUAN. ¡Hola, caballerito! ¿Conque eres tú quien pretende robarme mi Leonor? A ver si te atreves á disputármela con las armas en la mano.

SIMPL. Sí, señor, con las armas veremos... (Se esconde detrás de los criados, empujándolos hacia don Juan.) Deténganme ustedes, deténganme ustedes, ó si no le mato.

LOPE. ¿Qué estáis haciendo ahí plantados? (A los criados.) Vamos, desarmadle, prendedle. (Los criados acometen á don Juan: éste sucumbe.)

SIMPL. Ya ves, rival temerario, lo que cuesta atreverse con un hombre como yo. Ya quedas vencido.

JUAN. ¡Cobarde! (Huye don Simplicio.)

LOPE. Llevadle también á una de las torres; pero que sea distinta de la que ha de habitar Leonor. Luego acordaré lo que ha de hacerse con él. (A los criados.)

JUAN. ¡Leonor mía!...

LEONOR. Tranquilízate, amigo; mi corazón, más justo que la suerte, no te hará traición.

LOPE. Llevadlos, llevadlos pronto.

SIMPL. Sí, sí; y cuidado con él sobre todo; no le soltéis. (Los criados llevan á los dos amantes.)

ESCENA XIV

DON SIMPLICIO y DON LOPE

LOPE. Ahora que estamos solos, señor don Simplicio, permítame usted confesarle que le creía más valiente.

SIMPL. ¿Cómo se entiende? (Echando mano á la espada.) Agradezca usted el título de tutor de mi novia; él refrena mi justa indignación. De lo contrario,

ya hubiera usted experimentado si se duda impunemente de mi valor.

LOPE. ¿Ahora salimos con esa? Hombre, ¿á qué viene ese alarde marcial conmigo? ¿No venía mejor cuando estaba presente su rival de usted?

SIMPL. Es que entonces, como ahora, como siempre, me contuve porque sé hasta qué extremo puede llevarme mi natural ímpetu una vez metido en la refriega.

LOPE. Ya: y por lo mismo no se mete usted nunca. Pero dejemos eso ahora. No hace falta el valor para marido, ó á lo menos no es de la misma clase el que se requiere. Conque, á pesar de lo visto, me mantengo en lo ofrecido: Leonor será de usted; mas debemos, ante todas cosas, acabar con el temible rival que usted tiene.

SIMPL. Temible, no para mí, por cierto.

LOPE. ¡Otra vez! Hombre, no sea usted majadero, y déjese usted de inútiles baladronadas. ¿Qué haremos con don Juan?

SIMPL. Llevarle con buena escolta á Zaragoza, y entregarle á la justicia para que me le ahorquen por vago, por seductor, por alborotador, por atropellador de los derechos tutoriales y noviales.

LOPE. Pues vamos á ello. No hay que perder tiempo.

ESCENA XV

Vista de la parte de la quinta de don Lope, donde están los torreones. Detrás de las rejas aparecen en el uno don Juan, y en el otro doña Leonor.

DON JUAN, LEONOR, y luego CUPIDO, DON LOPE y DON SIMPLICIO.

LEONOR. No es tanta nuestra desgracia, amigo mío, cuando la disposición de estas rejas nos permite siquiera vernos y hablarnos.

JUAN. ¡Ay, Leonor! Estás presa, padeces, y todo por mi causa. De cuantos males podían acometerme, esta idea es la mayor.

LEONOR. ¿Es posible que así te acalores? Piensa, mi bien, que para tu Leonor no es padecer el padecer por tí y contigo.

JUAN. ¡Conque sólo para hacer más amargas las penas que me esperaban, el hado quiso por un momento resucitar mis risueñas esperanzas! Mi decantado protector, ya lo conozco, sólo quiso burlarse de un infeliz. ¿Dónde han venido á parar los beneficios que me fueron prometidos? ¡Ah! ¡Cuánto me arrepiento ahora de mi necia credulidad!

CUPIDO. Tente, desconfiado; ahora verás cómo castigo á los ingratos. (Sale Cupido guiando por el aire un carro elegante tirado por dos palomas. Al pasar delante de la reja de don Juan se desploma la torre, y queda él recogido en el carro. Otro tanto sucede con Leonor. En este instante llegan don Lope, don Simplicio, Lazarillo y Criados.)

SIMPL. Venga el burro que le ha de llevar á Zaragoza.

JUAN. ¿A qué más burro que tú? Adiós.

LEONOR. Hasta la vista.

LOPE. ¡Qué portento!

SIMPL. ¡Leonor, Leonor de mis entrañas, huyes de mí, desconoces la felicidad que te aguardaba en los brazos de tu Simplicio! Ingrata... ¡Ay! yo fallezco. (Se desmaya en brazos de los criados.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

El teatro representa un jardín con una casa elegante en el fondo, que tiene tres balcones en el cuarto principal y dos rejas en el bajo. Á la izquierda un árbol grande. Á la derecha entrada de un bosquecillo.

ESCENA PRIMERA

DON SIMPLICIO, DON LOPE, un ESCRIBANO y tres ALGUACILES

ESCRIB. Pues señores, ya lo ven ustedes. Lo que es dentro de la casa no están. No se puede haber registrado con más escrupulosidad. Los criados declaran que no han vista forastero alguno; que su amo don Gonzalo ha salido á dar un paseo. Conque yo no puedo hacer más, y me retiro con mi gente; pero no será sin advertir á ese caballero (Señalando á don Simplicio) que antes de recurrir á la justicia y de provocar una campanada, de que don Gonzalo podrá resentirse con razón, debió cerciorarse mejor y adquirir más y mejores datos.

SIMPL. Eso es; ahora pegarla conmigo, después que me han robado la novia. Como dice el refrán; tras de...

LOPE. Chitón, desvergonzado.

SIMPL. ¿Cómo he de callar, cuando estoy viendo que todo se conjura contra mí? (Llorando de rabia.) ¿Qué más datos me piden? Que se ha fugado la novia con su Juanito, bien lo sabe papá (Señalando á don Lope), bien lo puede decir Lazari... (No acaba, advirtiendo que Lazarillo está ausente.) Que se han refugiado aquí,

me lo ha revelado, asegurado y jurado un criado del expresado don Gonzalo, por vengarse de su amo, que le acababa de despedir; que los demás criados nos lo niegan ahora, cierto es; pero, ¿no tienen interés en mentir para encubrir la falta de su amo? Que no están en casa los delincuentes, harto averiguado lo tengo; que salió á paseo don Gonzalo, bien puede ser; pero ¿no pueden aquéllos haber salido con él? ¿No pueden estar andando en las mismas dependencias de esta hacienda? Y así como se ha registrado la casa, ¿no sería más justo registrar ahora jardín, huerta, parque, etc., que no habérselas á troche y moche con el inocente oprimido?

LOPE. Vamos, don simplicio, sosiéguese usted, por Dios, que le va á dar un causón.

SIMPL. Calle usted; ¡si creerá el señor Escribano que sólo con la espada saben defenderse los Cabezas de Buey? Aunque caballero, algo sé yo de letras.

LOPE. Pues mire usted, señor Escribano, no deja de tener razón. (Al Escribano.) Para que el registro sea completo deben recorrerse todas las dependencias de la casa; y si usted no tiene inconveniente...

ESCRIB. ¿Yo? Corriente. Mientras don Lope, yo y uno de los ministros damos vuelta al parque, guarden ustedes (Á los Alguaciles) la salida de la verja grande; y usted, señor don Simplicio, quédese aquí de centinela, para impedir el paso al bosquecillo que guía á la puerta de la huerta.

SIMPL. ¡Cómo, cómo! ¿Me dejan ustedes solo? Quédese aquí don Lope, y yo acompañaré al señor. (Señalando al Escribano.)

ESCRIB. No puede ser, porque mis diligencias han de estar autorizadas con la presencia del tutor, única persona, hasta ahora, á quien yo puedo reconocer con derechos suficientes.

SIMPL. Si á lo menos estuviera conmigo mi escudero Lazarillo...

LOPE. Hombre, si sabe usted que le hemos dejado ahí

fuera guardándonos los caballos. Pero ¿qué significan esos temores, señor don Simplicio?

SIMPL. Yo no temo nada, sépalo usted, nada. Lo único que pudiera temer es que presentándoseme don Juan, se travase entre él y yo un combate á todo trance, en cuyo caso me haría suma falta mi escudero, como obligado que está á asistirme en tales lances por las leyes que el uso ha establecido entre caballeros. Pero, ¿á qué voy ahora á meterme en libros de caballería con un hombre que... vamos, vamos, más vale callar, que me ciega la cólera y...

LOPE. No se acalore usted, señor ciego; voy á mandarle su Lazarillo. (**Vánse todos, menos don Simplicio.**)

ESCENA II

DON SIMPLICIO

SIMPL. Pues señor, una vez que me abandonan indefenso á las astas del toro, ingeniémonos para hacer menos peligroso el lance. Si pudiera yo observar sin ser visto... ¡Ah, felicísima ocurrencia! Subiéndome á un árbol, desde allí... ¡Oh airadas sombras de mis nobles antepasados, cerrad los ojos, y disimulad el plebeyo recurso que adopto; todo es lícito cuando se trata de la conservación de este único vástago de los Majaderanos y Cabeza de Buey! (**Trepa por el árbol.**) Me van faltando las fuerzas. Ya se ve, estarse uno tanto tiempo en ayunas... (**Consigue colocarse encima del árbol.**) ¡Eh! ya estoy en salvo. El caso es que no podré permanecer mucho tiempo en esta postura. La sed que ya empieza á abrasarme, el hambre no menos imperiosa que me va atormentando... Mas, ¿qué veo? Ellos son. (**Viendo venir á don Juan y doña Leonor.**) ¡Si pudiera llamar! (**Mira hacia un lado y otro como para descubrir á alguien de su comitiva.**)

ESCENA III

DON SIMPLICIO sobre el árbol, DON JUAN, DOÑA LEONOR y DON GONZALO

LEONOR. Te doy la más completa enhorabuena, primo mío. ¿Sabes que no hay en todo Aragón una posesión igual á la tuya?

JUAN. Seguramente.

GONZAL. Es muy de ustedes.

LEONOR. ¡Y qué jardines, qué parque tan hermoso y tan grande! Como que la vuelta que hemos dado me ha cansado de veras.

GONZAL. ¿Sí? Pues entren ustedes á descansar mientras se les acaba de disponer el almuerzo.

JUAN. No; estaremos mucho mejor aquí al fresco. ¿Qué te parece? (Á Leonor.)

LEONOR. Tienes razón; ¡hace un calor!

GONZAL. Como ustedes gusten. Voy volando á que les traigan á ustedes la mesa á la sombra de esa encina.

JUAN. Hemos venido á molestar á usted en unos términos...

LEONOR. Y quiera Dios que la generosa hospitalidad que le debemos no le acarree mayores incomodidades. Si mi tutor llega á saber...

GONZAL. ¡Cá! No hay cuidado. Antes de que pueda sospecharse nada, ya estarán ustedes unidos. Agur, al momento vuelvo.

SIMPL. (Pues señor, yo estoy aquí á las mil maravillas.)

ESCENA IV

Dichos, menos DON GONZALO

JUAN. Excelente idea fué la tuya de venir á ampararnos de tu primo Gonzalo. ¡Qué hombre tan generoso! Y yo que desconfiaba de él...

LEONOR. ¡Con qué injusticia! ¡Si le hubieras oído hablar con don Lope cuando supo que éste te había echado de casa! ¡Cuánto más prudente hubiera sido, le decía, casar á esos muchachos que no dar un cuarto al pregonero con sus amores!

JUAN. ¿Qué quieres? Yo pobre, él rico; yo poeta, él mayorazgo. ¿Quién demonio hubiera pensado que pudiésemos llegar á ser amigos?

LEONOR. Pues ya ves cuánto te engañabas. Pero, á todo esto, ahora que estamos solos, ¿me harás el favor de explicarme los prodigios de esta mañana? Aquellas dueñas, tu introducción en casa, nuestra fuga aérea... ¿Sabes que es menester amarte mucho para no tener miedo? ¿Si serás hechicero?

JUAN. Calla, Leonor mía. ¿Qué más hechizos que tus bellos ojos?

LEONOR. Ta, ta, ta... Un requiebro no es una respuesta, señor mío.

JUAN. Muchas veces la suple.

LEONOR. No conmigo, te lo advierto. Conque, vamos, dímelo todo. Todo es sorpresa para mí, y tú, por lo visto, nada extrañas.

JUAN. Tengo mis motivos para ello.

LEONOR. ¡Oiga! Conque es decir que tú no tienes en mí bastante confianza para...

JUAN. ¡Cuán injusta eres, Leonor! ¿Puedes creer que guardaría de tí el secreto si me perteneciera?

LEONOR. Que te pertenezca ó no... ¡Ay, amigo mío, te querré tanto!... Vamos, ¿qué quieres? soy mujer y...

JUAN. Oye, Leonor, nuestra felicidad pende de mi discreción.

LEONOR. ¿Conque nada sabré? ¡Ay, qué felicidad tan cara! Vamos, no te pregunto más; tengo aún más amor que curiosidad,

JUAN. ¡Oh mujer incomparable! Mas ya viene Gonzalo.

ESCENA V

Dichos y DON GONZALO con DOS CRIADOS que traen una cesta y una mesa

GONZAL. ¡De buena hemos escapado!

LEO. y JUAN. ¿Qué hay?

GONZAL. Friolera: que mientras estábamos dando nuestro paseo, don Lope y don Simplicio, asistidos de la justicia, han venido en busca de ustedes.

JUAN. ¿Es posible?

LEONOR. ¡Gran Dios!

GONZAL. Y han registrado la casa de arriba abajo.

LEONOR. Pronto, pronto, amigo mío, huyamos.

GONZAL. ¿Y dónde estaréis mejor que aquí? ¿No véis que ya registrada la casa, no pueden suponer que estéis en ella?

JUAN. Tiene razón. (A Leonor.)

GONZAL. Conque, ya que pasó el peligro, tomen ustedes un bocado mientras llega la hora de comer. No dejarán ustedes de necesitarlo. Interin, voy yo...

JUAN. ¡Cómo! ¿No nos hace usted compañía?

GONZAL. ¡Jesús! Si había yo almorzado muy bien antes de que llegaseis. Conque buen provecho. Voy mientras tanto á escribir cuatro letras al amigo Tello de Zaragoza para encargarle las diligencias precisas, y mañana á estas horas. si Dios quiere, estaréis ya desposados y velados. Que vengan entonces don Lope y su interesante protegido. (Mientras la anterior escena, han estado los criados disponiendo la mesa. Se va con ellos don Gonzalo, y se sientan don Juan y doña Leonor.)

ESCENA VI

Dichos, menos DON GONZALO y los CRIADOS

SIMPL. (Eso es; á comer, á beber, mientras que yo... ¡por vida de Tántalo! ¡Que tenga yo que sufrir esto en presencia de mi desfallecido estómago!)

JUAN. Vamos, Leonor, un brindis. (Después de haber echado vino en los dos vasos.) ¡A nuestro próximo enlace! (Beben.)

SIMPL. (¡Que no te se vuelva veneno, maldito!)

LEONOR. Y el pobre Simplicio, ¿qué estará haciendo á estas horas?

JUAN. Corriendo por esos campos en pos de su ingrata dama.

LEONOR. ¿Cómo ha llegado á figurarse ese mostrenco que pudiesen jamás hacerle dueño de mi mano ni las más violentas persecuciones? Un hombre tan feo.

JUAN. Tan ridículo.

LEONOR. Tan tonto.

JUAN. Tan cobarde.

LEONOR. Tan...

JUAN. Y tú, hermosa mía, tan linda, tan graciosa, tan... (Se va acercando poco á poco á doña Leonor como para darla un abrazo, cuando á don Simplicio, que durante el anterior diálogo ha estado haciendo mil aspavientos, se le cae el gorro. Levanta la vista don Juan, y descubre á su rival.) ¡Qué veo! ¡El es!

LEONOR. ¡Ah, ah! (Riendo á carcajadas.) Pues ha debido divertirle la conversación.

JUAN. ¿Qué está usted haciendo ahí?

SIMPL. Nada. Paseando al fresco.

JUAN. Me alegro encontrar á usted (Muy enfadado.)

SIMPL. Muy señor mío, crea usted que también celebro mucho...

JUAN. Fuera broma. Vamos, abajo, y espada en mano. Leonor será el premio de la victoria. Disputémosla como caballeros.

SIMPL. Si yo no soy amigo de disputas; tengo el genio más pacífico...

JUAN. ¡Ah! Bien veo que es usted tan vilmente cobarde como animal.

SIMPL. Poco á poco; ¿qué es eso de animal y cobarde? ¿Cómo se entiende? Sepa usted, caballero, que no me gustan tales indirectas, y que no acostumbro tolerarlas.

JUAN. Baja, pues; aquí estoy para darte satisfacción.

SIMPL. Si estoy muy satisfecho; ¡así lo estuviera mi pobre estómago!

JUAN. Si no bajas, mira que te hago saltar la tapa de los sesos. (Apuntando con una pistola.)

LEONOR. Tente; ¿qué vas á hacer?

SIMPL. Sí, sí, Leonor mía, vuelve por tu Simplicio, por tu futuro esposo.

JUAN. ¡Su esposo tú! Antes muere...

SIMPL. Poco á poco. Allá voy. (Supuesto que de todos modos está en peligro mi vida, más vale probar si...) (Baja, y queda al lado del árbol como para resguardarse de don Juan.)

JUAN. Déjame dar una lección á este jumento. (A Leonor.) Despacha. (A don Simplicio.) Espada en mano. ¿Titubeas? Mira que te... (Apuntando con una pistola.)

SIMPL. ¡Ay, madre de mi alma! (Saca la espada, y de la vaina, que tiene tres cuartas, sale una hoja de cuatro varas de largo.)

JUAN. ¿Qué es eso?

LEONOR. ¡Ah, ah, ah! (Riendo á carcajadas.)

SIMPL. ¡Qué veo! ¡Traición, traición! Si se vale usted contra mí de magia y brujerías, las armas no son iguales.

LEONOR. Ya se ve que no lo son. (Riendo.)

SIMPL. Agradezca usted que no pueda servirme esta espada; de lo contrario, voto á bríos...

JUAN. ¿Qué te atreves á decir?

SIMPL. Es que yo tengo fama en la esgrima. Y si no, dígalo Laz... ¡Ah! se me olvidaba que está ausente. Pues, como decía...

JUAN. Calla, tonto. (A Leonor.) Estoy tentado por guardar á ese majadero en rehenes.

LEONOR. ¿Y qué quieres que hagamos con semejante trasto?

JUAN. Huye, pues, miserable.

SIMPL. ¡Huir yo! Acción de cobardes. Lo que haré, sí, será echar á correr... Pero pronto volveré acompañado del tutor, de Lazarrillo, de la justicia, y

de un ejército entero, para conquistarles á ustedes con las armas en la mano. (Se va blandiendo su espada. Doña Leonor y don Juan se ríen á carcajadas.)

ESCENA VII

DON JUAN y DOÑA LEONOR

LEONOR. ¡Ah, ah, ah! (Riendo.) ¡Vaya un chasco! Pero á todo esto, y si ese tonto va á dar nueva alarma y vuelve en breve con mi tutor y la justicia, ¿qué haremos?

JUAN. No tengas cuidado, amiga mía; no nos han de faltar recursos para sustraernos á cuanto pudieran emprender.

LEONOR. Ya, tú te lo sabes. Pero yo, que ignoro por qué secreta influencia nos libertamos de los lazos que nos van tendiendo, no las tengo todas conmigo. Así es, amigo mío, que juzgo prudente el reunirnos pronto á don Gonzalo, y pedirle nos oculte en sitio más seguro.

JUAN. Sea como tú quieras. Mas suceda lo que sucediere, verás que todo lo vence amor. (Entran en la casa.)

ESCENA VIII

DON SIMPLICIO, DON LOPE, LAZARILLO, y luego DON JUAN y DOÑA LEONOR

SIMPL. ¡Cuánto me alegro haber encontrado á ustedes tan cerca!

LOPE. Si veníamos...

SIMPL. Chitón, hable usted más bajo.

LOPE. Si veníamos por usted. Hemos recorrido con la justicia el parque y la huerta; nada hemos encontrado; y persuadido por consiguiente el señor Escribano de que era falsa la noticia que nos dió usted de haberse refugiado aquí Leonor y su seductor, está renegando de usted... Luego, luego

le oirá usted á él mismo. Él nos viene siguiendo; se ha detenido un rato á combinar con sus ministros la nota de las costas que usted, por supuesto, tendrá que satisfacer, señor mío, porque en fin...

SIMPL. Chitón; conque era falsa la noticia, ¿eh?

LOPE. A la vista está.

SIMPL. Chitón.

LOPE. Pero ¿qué significa?...

SIMPL. Chitón.

LOPE. Explíquese usted.

SIMPL. Chitón por Dios; no me interrumpa usted.

LOPE. Hombre, si no dice usted nada.

SIMPL. No importa; chitón; por los innumerables mártires de Zaragoza, no me interrumpa usted. Aquí están.

LOPE. ¿Quién?

SIMPL. Leonor y don Juan; los he visto.

LOPE. ¡Eh! Déjeme usted en paz con sus visiones.

SIMPL. ¿Conque visiones, eh? ¿Sabe usted que hay para volverle á uno loco? ¿Soy yo ciego acaso? ¡Qué demonio! Veo á Lazarillo, le veo á usted, le veo tal como es, sin ilusión alguna... Es usted viejo, es usted gordo, es usted feo.

LOPE. ¡Insolente!

SIMPL. No, si es para probar á usted que no soy ciego, y que cuando digo que los he visto, es que los he visto; diré más, les ha hablado; diré mucho más, he presenciado su almuerzo. Por más señas, que aún están ahí las reliquias de tal almuerzo, y que con ellas voy á restaurar mis abatidas fuerzas, mientras llega el señor Escribano con su nota de costas. Vamos, vamos.

LOPE. ¿Cómo es posible que en tan crítica situación piense usted en comer?

SIMPL. No soy yo quien piensa en ello; es mi despótico estómago, que no me deja vivir.

LOPE. Quite usted allá... No sé cómo tiene usted vergüenza para...

SIMPL. ¿Para comer? ¿No es lícito acaso tener hambre en su compañía de usted? Pues señor, tenga usted paciencia, que yo necesito comer para cobrar ánimo. Además, vamos claros, yo pertenezco á una familia que de generación en generación ha acostumbrado siempre á comer, y yo no quiero desmerecer de mis abuelos. Vamos, vamos, papá suegro, no sea usted tonto, siéntese usted.

LOPE. No, no, que la rabia me quita el apetito.

SIMPL. Pues á mí á la inversa. Conque, con el permiso de usted. (Se sienta á la mesa.) Lo que corre más prisa es beber un trago; la sed me abrasa. (Echa una botella de vino entera, sin que quede una gota en el vaso.) ¡Cómo! ¡Qué! ¡Oh suplicio! ¿Pues qué tiene este maldito vaso? ¿No bebió en él con toda comodidad mi ominoso rival? El infierno se conjura hoy en mi daño.

LOPE. Bien hecho; me alegro.

SIMPL. ¡Toma! El vino no me hace falta para nada. Voy á la fuente inmediata; me llevo este resto de pan, y... (Quiere tomar lo que resta en la mesa del pan que sirvieron á don Juan y doña Leonor, y el pedazo que queda va volando á un lado y otro, corriendo en balde tras él don Simplicio para alcanzarle. Quedan pasmados don Lope, Lazarillo y don Simplicio. Don Juan y doña Leonor, que están asomados al balcón desde que don Simplicio se sentó á la mesa, ríen á carcajadas de este último chasco, hasta que llaman la atención de don Lope.)

LOPE. ¡Gran Dios! ¡Será posible! Ellos son.

SIMPL. No señor (Con ironía), si es una visión.

LOPE. (Me ahoga la cólera).

JUAN. Cálmese usted, señor don Lope.

LOPE. Calle usted, infame raptor, y usted, rebelde pupila.

LEONOR. ¿Yo rebelde? ¡Ay! Tutorcito de mi alma, estoy pronta á dar á usted todas las pruebas de la más respetuosa sumisión; mándeme usted que me case con don Juan, y verá usted con qué docilidad obedezco.

SIMPL. No, señor, yo soy quien...
LOPE. Baje usted, yo se lo mando.
LEONOR. El amor me lo prohibe.

ESCENA IX

Dichos, ESCRIBANO y ALGUACILES

ESCRIB. Aquí traigo la nota de costas.
LOPE. ¡Qué nota, ni qué niño muerto! Ved ahí los fugitivos.
ESCRIB. ¡Qué oigo! Pronto, pronto, bajen ustedes ó abraso esa puerta.
JUAN. No podemos acceder á ninguna de esas dos proposiciones.
ESCRIB. ¡Cómo! ¡Qué audacia!
SIMPL. (Ya no estoy solo, manifestemos valor). ¿Qué tardamos en apoderarnos de ese fanfarrón? ¿No quiere abrir la puerta? Pues, amigos, al asalto. ¡Animo! ¡Arriba! Fácil será por estas rejas.
LOPE. Tiene razón, ¡al asalto!
TODOS. ¡Al asalto! (Así que don Lope y don Simplicio se han agarrado á las rejas, éstas suben al cuarto principal, mientras el balcón donde están los dos amantes baja al piso bajo. Estos y don Gonzalo, que sale en el mismo momento por la puerta, se escapan por en medio de los alguaciles, que quedan en el aire á una vara del suelo.)
JUAN, LEONOR Y GONZALO. Agur, señores, hasta la vista.

ESCENA X

Decoración de selva corta. A la izquierda, puerta de una casa de labrador

Salen de la casa un LABRADOR y ALDEANOS de ambos sexos

ALDE.° Muchas gracias; hasta la vista... Agradezco mucho, tío mío, el obsequio que nos ha hecho usted.

LABRAD. Calla, calla; pasado mañana, si Dios quiere, de camino para casa de don Gonzalo, nuestro buen señor, pasaré unas cuantas horas en casa de mi hermana, y podréis pagarme el obsequio.

ALDE.ª Ya, pero no vendrá usted como Juan, acompañado de todos sus amigos y conocidos.

ALDE.º Mira, mujer, esa que llamas imprudencia mía, estoy persuadido á que el tío la disimulará. Yo conozco su franqueza.

LABRAD. Tienes razón, tienes razón. Tú y tus amigos encontraréis siempre en mi casa el mismo agasajo.

ALDE.º Y luego, era tan natural... Hemos estado juntos todo el día en la romería bailando, comiendo juntos; y al volver al pueblo, cuando me consta que los compañeros necesitaban tanto como yo de un rato de descanso... podía decirles, ¿idos sin nosotros, que vamos á refrescar á casa del tío? No, señor; pienso general, dije yo, era más natural.

LABRAD. Muy bien hecho, muy bien hecho. Pero, hijos, sin que sea despediros, os aconsejo aprovechéis lo que resta de sol para recogeros. Hasta la vista.

ALDE.º Pero antes, chicos, una jota de despedida en obsequio del tío.

TODOS. Vamos allá. (Baile general.)

ESCENA XI

Dichos, DON GONZALO, DON JUAN y DOÑA LEONOR

LABRAD. ¡Qué veo! ¡El señor, con dos forasteros!

TODOS. ¡Que viva nuestro buen señor! ¡Viva!

GONZAL. Gracias, gracias, amigos míos. Nuño, despide á toda esa gente (Al Labrador), que nos precisa estar solos. (Los Aldeanos se van victoreando á don Gonzalo.)

ESCENA XII

Dichos, menos los ALDEANOS

GONZAL. Pronto, pronto; entrad á esconderos (A los dos amantes), ínterin voy yo por los caballos, y dentro de un cuarto de hora estamos ya galopando camino de Zaragoza.

LEONOR. Pero...

GONZAL. No hay pero. Dejadme obrar; todo saldrá bien.

JUAN. No tarde usted en volver, porque siendo propia de usted esta granja, es natural que lleguen pronto á registrarla antes de irnos á buscar á otra parte.

GONZAL. Dentro de diez minutos me tenéis aquí; conque adentro. (Entran los dos amantes. Da don Gonzalo algunas órdenes al oído al Labrador, y se va.)

ESCENA XIII

DON LOPE, DON SIMPLICIO, LAZARILLO, ESCRIBANO, ALGUACILES, y paisanos armados

Uno de los alguaciles, asomados por entre los árboles desde el final de la escena, ha visto entrar á los amantes y llama á su gente.

ALGUAC. Pst, pst. (Llamando.)

SIMPL. ¿Qué hay? (Llegando con Lazarillo.)

ALGUAC. ¿Vienen los compañeros?

SIMPL. Ahí llegan.

ALGUAC. ¿Está dispuesto el refuerzo que nos ha de ayudar?

SIMPL. Vienen más de diez mil paisanos armados; eh, ya los tenemos aquí. (Salen ocho ó diez paisanos armados, el Escribano, los demás Alguaciles, don Lope, y se reunen todos alrededor del Alguacil.)

ALGUAC. ¿Conque ya no hay que tener miedo?

SIMPL. ¿Qué miedo, hombre? Aquí estoy yo. ¿Acabarás de explicarte?

ALGUAC. Pues, señor, ahí dentro están.

SIMPL. ¿Eh? (Retrocediendo de susto.) ¿Estás seguro?

LOPE. ¿Qué miedo, hombre? (Al Alguacil con ironía.) Aquí está él. ¿Sabe usted, señor don Simplicio, que luce usted á cada momento su decantada valentía?

SIMPL. Ya se ve que la luzco en llegando la ocasión; mi vida está llena de anécdotas que la acreditan bastante; aquí está Lazarillo que bien lo puede decir.

LOPE. ¡Qué Lazarillo, ni qué Lazarón! A cada momento está usted invocando su testimonio; ¿y qué es lo que pudiera decir tan insigne escudero? Vamos á ver, que lo diga. (Dirigiéndose á Lazarillo, á quien todos están mirando. El calla y manifiesta en su fisonomía mucha sorpresa.) ¿Y por qué calla ahora? (A don Simplicio.)

SIMPL. Yo le diré á usted. (Tomando aparte á don Lope con mucho misterio.) Hay un pequeño obstáculo para que hable Lazarillo, y es que... ya se ve, como el pobrecito es sordomudo de nacimiento...

LOPE. ¡Calla! ¿Y es ese el testigo que ha de declarar en abono de cuanto nos está usted contando en alabanza propia? ¡Eh! Ya veo que no se puede hacer caso de usted. Conque tú (Al Alguacil), ven acá. ¿Estás seguro de que nuestros fugitivos están ahí dentro?

ALGUAC. Seguro, segurísimo; como que los he visto entrar; y á fe á fe, que si no hubiera sido por mí, por el celo con que corrí tras ellos, adelantándome á ustedes...

SIMPL. Calla, calla. (Abrazándole.) Yo conozco cuanto debo á tu celo, y basta. (Dándole la mano.) Ya me entiendes.

ALGUAC. ¡Oh! Señor, yo no lo digo por tanto.

SIMPL. No, no, no; es que no tratas con ningún desagradecido. Así que estemos de vuelta á la quinta suegral, acuérdame que tengo algo que prometerte.

LOPE. ¡Eh! Basta ya de coloquios episódicos: ¡á la obra!

Hagamos inmediatamente nuestras disposiciones de ataque.

ESCRIB. Tiene usted razón, ataquemos.

SIMPL. Sí, sí, ataquemss, ataquemos: eso me gusta; sin embargo, ataquemos con cautela, porque ya ven ustedes, la cautela siempre... sobre todo, cuando la prudencia... ¿estamos? hace que el peligro cuya temeridad, digámoslo así, suele...

ESCRIB. Tiene usted mil razones, y queda usted perfectamente comprendido. Empecemos por un bloqueo en forma de la casa.

SIMPL. Sí, sí: el bloqueo; tiene razón el secretario. ¡A bloquear!

LOPE. Bloqueemos.

SIMPL. Porque, seamos francos, en un bloqueo hay menos riesgo, y luego tarde ó temprano se nos han de rendir, aunque no fuera más que por hambre. Conque, ¡batallón! (A los paisanos) ¡armas al hombro! Por el flanco derecho, á la izquierda... no señores, no es eso. Pónganse ustedes así, como quien dice... pues, en forma de... ¡qué demonio! Bien deben ustedes saber cómo se han de poner. Y sobre todo, no desviarse en un ápice de las instrucciones militares que acabo de darles á ustedes. ¿Estamos?

ESCENA XIV

Dichos y DON GONZALO

GONZAL. ¿Qué significan, señores, todos esos preparativos de guerra? ¿Con qué derecho intentáis bloquear una habitación que me pertenece?

LOPE. ¿Y con qué derecho da usted asilo á una pupila que se sustrae á la legítima autoridad de su tutor?

GONZAL. No le debo á usted satisfacción sobre el particular. Soy dueño de admitir en mi casa á quien me da la gana.

SIMPL. Según y conforme. Esta es cuestión de derecho,

á la verdad; pero yo no soy zurdo en la materia, y sostengo...

GONZAL. Yo sostengo que es usted un animal.

SIMPL. Eso no prueba nada para el caso, señor mío; un insulto no es una razón, y cualquiera que hace intervenir las personalidades en una discusión, envilece la más noble facultad del hombre, y merece el desprecio público. Lógica, señor mío, lógica.

LOPE. Aquí no hay más lógica que tomar uno lo suyo donde quiera que lo encuentre. (A los paisanos.) Conque, amigos, á ello. (Todos se dirigen blandiendo sus armas hacia la casa.)

ESCRIB. Deteneos, señores, deteneos... *cedant arma togæ*, lo que quiere decir en castellano, al Escribano toca dirigir estos fregados. Procedamos, pues, con formalidad. Señor don Gonzalo, ¿quiere usted entregarnos espontáneamente á doña Leonor, que está retirada en esa su casa de usted, y á quien reclama su tutor don Lope, aquí presente, y á quien doy fe conozco? Sí, ó no. Sentiré que usted nos ponga en el caso de usar de un rigor...

GONZAL. Yo no puedo hacer traición á la amistad que confió en mí, y me parece que entregar á Leonor...

ESCENA XV

Dichos y DON JUAN, que sale furioso con espada en mano, trayendo á doña Leonor.

JUAN. ¡Entregar á Leonor! ¡Morir primero!

SIMPL. ¡Rebelión, rebelión! Amigos, ¡á él, á él! Yo por si acaso voy á cortarles la retirada asegurándome de la puerta. (Se traba un combate entre don Juan y don Gonzalo por una parte, y los paisanos por otra. Aquéllos ceden al fin. Los Alguaciles se apoderan de doña Leonor, á quien se llevan. Don Simplicio, al querer refugiarse detrás de la puerta, da mil vueltas con ella, logra desasirse, corre

mareado y atontado tras de doña Leonor, á quien siguen el Escribano, don Lope y Lazarillo. Los paisanos se llevan á don Juan en otra dirección. Don Gonzalo entra en su casa. Muda la decoración.

ESCENA XVI

Decoracion de la escena VIII del primer acto. Hay en el tocador dos velas encendidas.

DON LOPE, DON SIMPLICIO, LAZARILLO y DOÑA LEONOR

SIMPL. ¡Uf! Ya era tiempo de llegar; á ver si descansamos; en fin, no ha costado poco conquistar á esa ingratilla. (Deja en un sillón su gorro, su capa y su espada.)

LEONOR. ¿Vive aún don Juan?

SIMPL. Ya se ve que vive, pero yo también vivo.

LEONOR. Pues viviendo aún don Juan, nada habéis adelantado con tenerme en vuestro poder. El triunfo durará poco.

SIMPL. Sí, sí; cuente usted con él. Ya estará muy distante de aquí, y ya estamos á cubierto de sus hechizos. Los de usted, lucero, son ya los únicos que conservan su imperio.

LOPE. Están tomadas todas las precauciones, y si se acerca á quinientos pasos de esta quinta...

LEONOR. Muy en breve le espero; muy en breve estará á mi lado.

SIMPL. ¡Ca! ¿Porque tiene pacto con el demonio, eh? Pero como mañana ya será usted mi esposa, ya estaré asegurado de...

LEONOR. Al contrario, amiguito, nunca tuvo usted más por qué temer.

LOPE. Pocas palabras, ¿estamos? Yo no tengo ganas de conversación á estas horas. Retírese usted á la pieza inmediata, que ha de ser su única habitación hasta la hora de dar la mano á...

SIMPL. Sí, señora; retírese usted.

LEONOR. Eso es decir que voy presa (Sonriéndose), ¿no es verdad?

SIMPL. No señora, ¡qué disparate! ¡Cómo nos cree usted capaces!... ¡Ponerla á usted presa! ni por pienso. Lo único que queremos es detenerla á usted en un sitio de donde no pueda salir.

LEONOR. Mil gracias por la moderación. Pues, señor, allá voy á encerrarme para pensar exclusivamente en el dulce dueño á quien nunca dejaré de amar.

SIMPL. El tiempo lo dirá. Así que usted llegue á conocerme...

LEONOR. Persuádase usted, don Simplicio, y persuádase también mi querido tutor, que la constancia triunfa de los mayores obstáculos, y que todo lo vence amor. (Vase.)

ESCENA XVII

Dichos, menos DOÑA LEONOR

LOPE. Ta, ta, ta; eso es hablar por hablar.

SIMPL. Lo cierto es que tenemos el pájaro en jaula. Conque ya podemos irnos á acostar.

LOPE. ¡Acostarse! ¿Está usted en su juicio?

SIMPL. Ya se ve que estoy. ¡Toma! ¿Qué tiene de particular el que desee descansar, después de haber corrido tanto hoy á pié, á caballo, á rejas, á molino... Vaya, vaya; yo estoy tronzado. ¡Aunque tuviera uno el cuerpo de hierro!

LOPE. ¿Y quién hará centinela en la puerta del cuarto de Leonor?

SIMPL. Tiene usted razón. Aquí está Lazarillo, que me hará el favor.

LOPE. Y si sucede algo, ¿cómo nos llama el señor sordomudo?

SIMPL. Es verdad; yo no caía en la cuenta del sordomudismo. ¡Si estoy siempre tan distraído! ¿No es verdad, Lazarillo? Usted mismo, papá-suegro, ¿no podría quedarse, ó cualquier criado de casa?

LOPE. Calle usted, hombre: á usted, como más directamente interesado, á usted es á quien incumbe guardar á su futura esposa. Y luego, que una mala noche pronto se pasa.

SIMPL. ¡Toma! Como á usted no le ha de doler...

LOPE. Vamos, vamos; mañana al amanecer mando por el notario, y se concluye sobre la marcha la boda deseada.

SIMPL. Sí, y estaré yo para el caso después de una noche como la que me espera.

LOPE. Vaya, vaya, buena noche, yernecito mío. Ven, Lazarillo.

SIMPL. Papá, papá; ¿y me deja usted solo?

LOPE. ¡Otra vez el miedo!

SIMPL. ¿Miedo? ¡Qué disparate! No es sino que á mí me gusta la sociedad.

LOPE. Hasta mañana si Dios quiere. (Vanse don Lope y Lazarillo.)

SIMPL. Dicho y hecho, me abandonan. Papá, mándeme usted siquiera con qué cenar, aunque no fuera más que un par de pavos.

ESCENA XVIII

DON SIMPLICIO

SIMPL. Eh... héteme aquí cara á cara conmigo mismo. ¡Jesús, Jesús mil veces! ¡Cuántos trabajos tiene uno que pasar para casarse con una muchacha que no le quiere! Siempre corriendo, siempre volando, siempre ayunando. ¡Qué hambre tengo! ¡Qué cansado estoy! Y sobre todo, ¡qué sueño el mío! Pues, señor, suceda lo que sucediere, tratemos de dormir, porque durmiendo se olvida uno de las fatigas, y, hasta cierto punto, del hambre. Ya, pero, ¿cómo y dónde dormir? Discurramos... En un sillón; le coloco delante de la puerta que importa guardar, y de este modo nadie podrá entrar ni salir sin despertarme. ¡Oh!

Qué rasgo de... ¿cómo diré yo, de genio ó de ingenio? Cualquiera cosa; que yo no quiero reñir con nadie. Vamos á la cama. (Coloca un sillón enfrente del cuarto de doña Leonor; luego, en el acto de disponer una silla por delante para descansar las piernas, se detiene.) Ya, pero me ocurre una dificultad; al querer entrar ó salir cualquier fantasma me puede atropellar, y no me saldría la cuenta: á ver; el asunto es cumplir con mi guardia, y no arriesgar el pellejo. Desde allí (Señalando el lado opuesto) lo mismo podré observar, y, en un apuro, me es más fácil alcanzar la puerta de la escalera. Bien pensado. (Va á sentarse en el sillón que está al lado opuesto, y donde dejó su gorro, su capa y su espada.) Poco á poco; la prudencia, madre de la seguridad, exige que registre uno escrupulosamente el cuarto donde ha de dormir: á ver, no sea que... (Toma una vela, y registra el cuarto. Al llegar delante de los retratos se detiene.) Válgame San Fermín, qué caras tan feas, tan... Esos serán retratos de la familia de don Lope. Sí, no hay duda, son los retratos de su noble posteridad. Vaya, ya está visto, estoy solo, absolutamente solo: no se puede estar más solo. (Se acurruca en el sillón.) ¡Con qué ganas me va á pillar el sueño! (Bosteza, y hacen otro tanto los retratos.) ¡Ay, ay, ay! ¿qué he visto? Los retratos que han estado bostezando al mismo tiempo que yo. Eso será que se están fastidiando de permanecer tanto tiempo en un mismo sitio. Con todo, ¿cómo es posible eso? Vamos, vamos, el sueño sin duda ha turbado mi vista: fué ilusión probablemente lo que ví, y si no probémoslo. (Bosteza, y le imitan los retratos.) ¡Ay, madre de mi alma! No es ilusión, no es ilusión; mi hora llegó. El demonio me persigue, es evidente. ¿Saben ustedes que habría lo bastante para temblar (Temblando mucho) si no fuera por el valor natural que le anima á uno y le hace superior? ¿Qué no daría yo por poder dormir? Porque si durmiera, probablemente sería

con los ojos cerrados, y no vería todas esas brujerías que me atormentan. ¡Pero, calla! Para no verlas, ¿hay más que apagar las luces? (Va á apagarlas y se detiene.) Ya, mas eso es salir de un apuro para caer en otro; y si á favor de la obscuridad vienen los duendes á hacerme cosquillas, á pincharme las pantorrillas, á tirarme de los pies... ¡Bah! entonces llamaré á don Lope, recurso que no debo emplear sino en la última extremidad, porque el viejo testarudo, empeñado en atribuirlo todo á miedo, sería capaz de negarme al fin su pupila. No hay que titubear: mi futura felicidad pende de la conducta que observe en esta noche crítica: apagaremos las velas. En breve las antorchas de himeneo me volverán la luz apetecida. (Apaga una de las velas. Cuando tiene apagada la segunda, vuelve á encenderse la primera. Apaga nuevamente ésta, y se enciende la otra, cuyo juego se repite viceversa tres ó cuatro veces.) ¿Si estará también el demonio en estas velas condenadas? (Consigue por fin apagarlas.) ¡Ah! ya está apagado el demonio. (Vuelve á tientas á su sillón; se dispone para dormir. Las dos velas se encienden á un tiempo.) Dale; vaya una tema... ¿Qué puedo yo, infeliz, contra tanta magia de los infiernos? ¡Ah! Si me atraviera, si me atraviera, voto á tal, ¡qué miedo tendría! Pues señor, ¿cómo ha de ser? Una vez que está empeñado Satanás en que yo me vea dormir, dejemos en paz las velas, y, haciendo de tripas corazón, procuremos descansar, si no el ánimo, siquiera el molido cuerpo. (Se acurruca en el sillón.) ¡Ay, cuán cara te compro, Leonorcita! Luego veremos si me lo agradeces. Brrr, las noches empiezan á hacerse fresquitas: estoy casi tiritando. No puede ser más que el frío: á ver si me gobierno tal cual en esta cama de lance. (Se pone el gorro, y se emboza en la capa; á poco se duerme, y no bien principia, cuando se le va hinchando el gorro hasta tomar la forma y las dimensiones de un globo. Se despierta asustado.) ¡Dios mío! ¿Qué es eso? ¡Ay,

ay! (Dando gritos desaforados.) ¡Ay! Madre mía, papá-suegro, Lazarillo fiel, ¿no hay quien me favorezca? ¡Que me vuelo, que me vuelo! (Acuden dando gritos y medio desnudos don Lope, Lazarillo y varios criados y paisanos con hachones. Muda la decoración, y representa el teatro una campiña, por cuyos aires se va el globo llevando á don Simplicio en una dirección, mientras Cupido lleva en otra á don Juan y doña Leonor sentados en un carro elegante.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

El teatro representa un punto de vista de las cumbres de los Pirineos cubiertas de nieves.

ESCENA PRIMERA

DON LOPE, LAZARILLO, varios CRIADOS y PAISANOS mirando todos al cielo como para descubrir el globo que se llevó á don Simplicio. Don Lope tiene un inmenso telescopio.

LOPE. ¿Nada divisáis vosotros?

PAISANO. ¡Toma! ¿Y quién ha de ver primero teniendo sus ojos de usted el auxilio de ese armatoste?

LOPE. Pues, señor, no parece el dichoso globo; sin embargo, á ver... ¿qué es eso? No... nada... ¡Pobre Simplicio, que viaje ese que está haciendo!

CRIADO. Ya se ve, ¡pobre señor! Verse volar por esos aires ni más ni menos que una milocha, como quien dice. ¡Ay! Señor, señor, ahí arribota se descubre algo negro. ¿Si será don Simplicio?

LOPE. ¿Dónde, dónde?

PAISANO. Sí, sí; hacia la izquierda. No hay duda, él es, él es.

LOPE. Callen ustedes, animales; si es un cuervo.

CRIADO. ¿Un cuervo? ¡Animalillo!

TODOS. Aquí está, aquí está.

LOPE. Sí, sí; él es, él es. ¡Pobrecito! (Don Simplicio, roto el globo que le sostenía, cae en medio de la nieve dando gritos tremendos.) ¡Pronto, corriendo, á socorrerle!

TODOS. ¡A socorrerle! (Sacan á don Simplicio de la nieve, y le traen hacia el proscenio.)

SIMPL. ¡Ay, ay, ay! ¡Mis costillas! ¡Mis riñones!
LOPE. ¡Amigo mío!
TODOS. ¡Pobre señor!
LOPE. No se ha matado usted, ¿no es verdad?
SIMPL. No, señor; me parece que no.
LOPE. ¿Y se ha roto usted algo?
SIMPL. ¿Y eso cómo lo he de saber antes de un debido registro de todas las partes de mi individuo? (Va meneando alternativamente, con muchos quejidos, cada brazo, cada pierna, y luego la cabeza.) No, no; nada está roto, excepto el espinazo; sin embargo, ¡ay, ay!
LOPE. Si á lo menos el globo de usted hubiera ido provisto de su correspondiente paracaída...
SIMPL. ¡Paracaída! Para caída nada mejor que un globo roto, y si no dígalo mi batacazo. Con todo, bien mirado, no tengo por qué sentir lo que me ha sucedido, porque he hecho un viaje que me ha proporcionado el conocimiento de tantas cosas admirables.
LOPE. Sí, ¿eh?
CRIADO. Calla, ¿qué ha visto usted?
SIMPL. ¿Qué he visto? He visto...
PAISANO. Chitón... atención. (Todos se colocan alrededor de don Simplicio, á quien han sentado en una silla de campaña.)
SIMPL. Pues, señor, he visto... pero hombre, si me faltan las fuerzas.
LOPE. A ver, Lisardo, darle unas gotas de lo del frasquito. (El criado da de beber en un frasco á don Simplicio.)
SIMPL. ¡Uf! Eso es otra cosa; ya empiezo á respirar. Conque, como decía, he visto...
LOPE. A ver, á ver... (Acercándose más.)
SIMPL. ¿En qué quedamos, tengo la palabra ó la toma usted?
LOPE. Nada, hombre; no se enfade usted; aquella natural impaciencia...
SIMPL. Pues calle usted si quiere que prosiga.
LOPE. Vamos; callaré, callaré.
SIMPL. Dale... ¡Silencio una vez! Pues señor, han de saber ustedes que he visto... pero luego podrán

ustedes enterarse mejor por medio de un libro que me propongo publicar, con la ayuda de Dios y del dómine, á no ser que algún impresor de Valencia lo dé á luz aun antes de acabarlo yo, y sin contar conmigo, por supuesto, á usanza de esos señores. Conque á la relación impresa me remito.

LOPE. ¡Hombre, después de habernos hecho entrar en ganas, salir ahora con esa pata de gallo! Vamos, vamos; así por encima, como quien dice, en forma de... ¿Está usted? verbigracia: como ciertas análisis que nos trae de cuando en cuando el *Correo*.

SIMPL. Pues quedarían ustedes enterados.

LOPE. Pues bien, cuéntelo usted como quiera, siempre que satisfaga algún tanto aquella natural curiosidad que usted mismo suscitó.

SIMPL. No apurarse; vamos, lo contaré por encima. He visto... en primer lugar, he visto á mis pies la tierra que iba disminuyéndose hasta reducirse, al parecer, al grueso de una avellana. Luego he visto... he visto... que ya no veía nada. Y tan pronto tenía un frío que me helaba, como un calor que me abrasaba.

LOPE. Vamos, como en Madrid.

SIMPL. Y así, de frío en calor y de calor en frío, llegué subiendo, subiendo, subiendo, llegué... á la luna.

TODOS. ¡Á la luna! ¡Ha visto la luna!

SIMPL. Ya se ve que la he visto, y de muy cerca; como que he estado hablando más de dos horas con una multitud de lunáticos que estaban allí reunidos en la plaza para ver si llegaba á apearme.

LOPE. ¿Y lo consiguió usted?

SIMPL. ¡Ca! Si estaba haciendo más evoluciones con las patas y con los brazos... ¡Imposible! El maldito globo se mantuvo siempre á más de diez varas del suelo.

LOPE. Qué sorprendidos se quedarían los lunáticos al verle á usted, ¿no es verdad?

SIMPL. No lo quedé yo menos de cuanto me estuvieron contando de su tierra; figúrense ustedes que allí todo está al revés de acá; verbigracia: los amantes son constantes; los esposos son fieles; no engañan los mercaderes; no votan los soldados; los oficinistas hablan á todos con buen modo; los cómicos tienen una especie de solfeo donde están escritas todas las inflexiones de su voz; los cantantes buscan las suyas en su propio entendimiento y en el estudio del corazón humano.

LOPE. ¡Hombre, al revés me las calcé!

SIMPL. La moda está allí sin imperio: ni aun á la medicina llega á sujetar. En el comer, en el vestir, y hasta en las diversiones públicas, prefieren los lunáticos las cosas nacionales á las extranjeras.

LOPE. ¿Qué dice usted? (Con mucha admiración.)

SIMPL. Lo que usted oye. Allí la literatura está en honor. Todos los hombres de talento son ricos, y todos los ricos son hombres de talento. Los periodistas hablan con imparcialidad de las cosas que pueden juzgar, ó callan acerca de las que ignoran. La polémica es urbana. Todo al revés, amigo mío, todo al revés; en fin, allí no son necios los que escriben comedias de magia. ¿Qué más quiere usted?

LOPE. ¿Sabe usted que una relación de tantos prodigios no dejará de interesar? Lo malo es que no querrán creerle á usted.

SIMPL. Les diré que lo vayan á averiguar.

PAISANO. ¡Vaya un viaje! ¿Y cómo salió usted de la luna y pudo volver por acá?

SIMPL. Con la facilidad del mundo, hombre. Una mudanza de aire... ¡Puff!... Dejé la luna sobre la izquierda, y en un credo me encontré jugando á la gallina ciega con un enjambre de planetas, de estrellas, de cometas... ¡Ay! Los cometas, ¡qué colas, qué colas tenían los cometas! En fin, del paso que llevaba iba infaliblemente á almorzar al sol, á no ser por un pajarillo chiquirritín, como...

como una casa, el cual, dando con el pico en mi gorro, le deshinchó, y me hizo bajar con una rapidez superior á la de la subida. Como que estaría aún bajando, á no haber encontrado de por medio esas benditas rocas que me detuvieron.

LOPE. Y diga usted, ¿no ha encontrado usted de camino á don Juan y á Leonor?

SIMPL. ¿Cómo se habían de atrever á seguir la dirección que yo llevaba?

LOPE. He mandado un sinnúmero de gentes en persecución suya, y pronto sin duda recibiremos noticias. Lo que interesa por ahora es cuidar de usted. ¿Usted, por supuesto, necesitará descanso?

SIMPL. ¡Digo! Después de haber viajado tanto y de tantos modos... ¡ya... ya!...

LOPE. Vamos, amigo. El pobrecito apenas puede moverse. A ver si le llevamos á casa en las mismas parihuelas que dispusisteis para traerme á estas cumbres escarpadas, en la inteligencia que yo pagaré muy bien vuestras fatigas.

PAISANO. Calle usted, señor amo, que no lo haremos por el mezquino interés. Nos gusta naturalmente hacer un favor, sobre todo cuando hay algo que ganar.

SIMPL. Excelente idea la del papá suegro. A ver las parihuelas. (Se sienta en ellas.) Está uno aquí como un... Pero yo no he de sufrir que vaya usted á pie. (A don Lope.) Venga usted; que venga también mi inseparable Lazarillo.

LOPE. No, señor. Nosotros estamos sanos y robustos, gracias á Dios, y la bajada nos servirá de paseo; conque adelante.

SIMPL. Pues señor, ¡adelante! (Cuando van los paisanos á levantar las parihuelas, desaparece don Simplicio, hundiéndose en la tierra. Gritos generales.)

LOPE. ¿Qué es eso? ¿Dónde está? ¿Qué ha sido de él? ¡Ay, pobre Leonor; bien lo veo, el infierno está conjurado contra la felicidad que te aseguraba tal marido! ¿Qué hemos de hacer ahora? Pudimos

trepar por estas cumbres para seguirle en lo posible mientras le veíamos volar por ahí arriba... Pero si se desvanece como un Silfio, sin dejar huella alguna, ¿dónde le hemos de buscar? ¡Cómo ha de ser! No nos queda más que irnos á casa á esperar con resignación el desenlace de tanto embrollo. (Todos se van, llevándose el frasco, la silla de campaña, las parihuelas, el telescopio, etc.)

ESCENA II

El teatro representa las fraguas de VULCANO; los CÍCLOPES están ocupados en sus trabajos. Los preside VULCANO. Todo anuncia la región del fuego, del ruido; en una palabra, las entrañas del Etna.

CÍCLOP. Poderoso dios de los cíclopes (A Vulcano), aquel afortunado mortal que resolvió favorecer tu sin par generosidad, y á quien tu mágico poder hizo bajar desde las cumbres del Pirene hasta éstas nuestras entrañas del Etna, está en la cueva inmediata. ¿Qué hemos de hacer?

VULC. Que venga.

CÍCLOP. Aquí está. (Llega con muestras del mayor susto don Simplicio, escoltado por media docena de cíclopes.)

VULC. Seas bien venido, insigne don Simplicio Bobadilla de Majaderano y Cabeza de Buey.

SIMPL. (¡Calla, calla, cómo sabe todos mis nombres!...) Muchas gracias, señor maestro.

CÍCLOP. ¿Cómo maestro? (A don Simplicio, amenazándole con el martillo.)

SIMPL. Poco á poco; no hay que enfadarse. Viendo yo todas las señas de unas fraguas, yo pensé que el que dirigía los trabajos...

VULC. ¡Tonto!... ¿No conoces, según eso, la Mitología?

SIMPL. La Mito... ¿qué?

CÍCLOP. Logía, majadero. (Amenazándole otra vez.)

VULC. Tu ignorancia sola puede desconocer en mí á un hijo de Saturno, al dios del fuego, al numen de los herreros.

SIMPL. Sí, como quien dijera, verbigracia, el jefe de los chisperos, ¿eh? Ya, ya. Y, ¿cuál es su gracia de usted?

VULC. Vulcano, tonto.

SIMPL. ¡Ah! ¿Vulcano tonto se llama usted? Pues señor, sea enhorabuéna por el nombre y el empleo. Y ahora, ¿me harán ustedes el favor de explicarme con qué objeto he venido rodando de abismo en abismo, aunque sin lastimarme, hasta estas hornillas?

VULC. Vas á saberlo. Yo he resuelto apadrinarte de hoy en adelante y hacerte triunfar de las persecuciones que dirige contra tí tu rival, ó por mejor decir, su picaruelo protector.

SIMPL. ¿Y le conoce usted á ese protector? ¿Quién es?

VULC. Cupido, alias el Amor.

SIMPL. No tengo el honor de conocerle. Pero no por eso le debo á usted menos gracias por el favor que me dispensa.

VULC. Nada tienes que agradecerme, porque me inclino, naturalmente, á favorecer á todas las víctimas del pérfido Cupido, no tanto por interés hacia los perseguidos, como por odio al perseguidor.

SIMPL. ¡Calle! ¿Y qué os ha hecho ese señorito Cupido que le tenéis tantas ganas?

VULC. Eso fuera largo de contar. Además, son asuntos de familia. En breve estarás en estado de comprender mi resentimiento, pues si, como lo espero, consigo casarte...

SIMPL. ¡Casarme! ¿Y con quién?

VULC. ¡Toma! Con tu Leonor. Conque vamos por partes. Tú la quieres, pero ella no te quiere á tí, ¿no es verdad?

SIMPL. Ni migaja.

VULC. Eso no tiene nada de particular.

SIMPL. ¡Cómo!

VULC. Quiero decir, que son cosas que suceden, y si no dígalo yo... Pero dejémonos de digresiones. Ella prefiere á cierto don Juan, ¿no es verdad?

SIMPL. Sí, señor; y mire usted, está ese mequetrefe muy distante de valer tanto como yo... Capricho de mujeres.

VULC. Pues bien, es preciso desafiar á tu rival en batalla campal; le vences, y Leonor es tuya.

SIMPL. Conque le venzo, ¿eh? Ya.

VULC. Pero como me parece que no eres de los más valientes...

SIMPL. Diré á usted. Eso es conforme; hay días en que el temple de uno...

VULC. Ya me hago cargo (Sonriéndose), y por lo mismo, quiero regalarte armas que te harán invencible.

SIMPL. Eso es otra cosa, porque ya ve usted, en sabiendo uno que es invencible, ya puede ser muy valiente, porque al fin y al cabo, ya está seguro de que no tiene nada que temer.

VULC. ¡Polifemo! (Llamando, después de haber dado unos martillazos en una bigornia.) Trae, en primer lugar, el casco que en otros tiempos fué fabricado en estos talleres para el célebre Rey Midas.

SIMPL. Muchas gracias. (Un cíclope entrega á don Simplicio un casco de plata que tiene en la cimera un rabo de asno, y en sus partes laterales dos descomunales orejas del mismo cuadrúpedo.) Pues mire usted, estoy persuadido que me sienta á las mil maravillas.

VULC. Ahora forjad un escudo y una lanza del mejor temple (A unos cíclopes), y hacedlos superiores, si es posible, á las armas célebres que recibieron de mí tantos héroes. Y vosotros (A otros cíclopes) divertir á este interesante mortal con vuestros juegos y vuestras danzas.

SIMPL. Muchas gracias. ¿Quién hubiera dicho que fueran tan finos unos hombres tan espantosos á primera vista?

VULC. Acércate y siéntate. (Con voz muy fuerte á don Simplicio.)

SIMPL. No se incomode usted. (Temblando.) Estoy muy bien así.

ULC. Vamos, ¿te sientas? (Con voz más fuerte.) ¿Por qué temblar? Bien pudiera serenarte la suavidad con que te hablo.

MPL. (Por vida del tío, con su suavidad tremenda.) (Se sienta al lado de Vulcano. Unos cíclopes, armados con martillos, ejecutan una danza de un carácter apropiado al sitio y á las personas. Otros trabajan con horroroso estrépito en forjar y pulir las armas pedidas por su señor. Dos cíclopes vienen á arrodillarse á los pies de Vulcano y á entregarle una lanza y un escudo, que éste pasa á las manos de don Simplicio.)

ULC. Armado con esta lanza, y protegido por este escudo, difundirás el terror entre tus enemigos.

MPL. ¡Ay, ay, que quema! (Tomando la lanza.) ¡Vaya una chanza pesada! ¡Miren estedes qué gracia!

ULC. ¡Eh! No repares en esas frioleras. Ahora voy á darte un escudero que te acompañará en adelante.

MPL. Muy bien, porque á mí me gusta la conversación. Y luego... ya se ve... Conque, ¿dónde está el compañero?

ULC. Aquí le tienes. (Se presenta un enorme cíclope, armado con una desaforada cachiporra.)

MPL. ¡Jesús mil veces! Yo no quiero ir con tal compañero; sería capaz de comerme en el camino.

ULC. No tengas cuidado; fíate de él, que siempre te protegerá.

MPL. ¿Me lo promete usted (Temblando, al cíclope), señor compañero? (El cíclope hace seña que sí.) ¡Toma! ¿Y es eso todo lo que habla? ¿Si estaré destinado á tener siempre escuderos mudos? Pues estoy fresco; no dejará de divertirme la conversación del compañero.

ULC. Él no va solo; tendrá á sus órdenes ocho valientes cíclopes que bastan para arrollar un ejército. Vamos, disponte á volver con ellos á tu tierra. En un minuto te encontrarás trasladado por magia á la orilla del mar, donde paran en este momento los dos amantes.

SIMPL. ¿Está usted en su juicio? ¿Á la orilla del mar, y ellos están en las cercanías de Zaragoza?

VULC. Déjate de escrúpulos geográficos, que no vienen al caso; ¿no sabes, tonto, que no hay *magia* sin su correspondiente *marina?*

SIMPL. Eso es, y después la *gloria*, ¿eh? Pues señor, vamos allá, vamos allá. (Ocho cíclopes llevan en andas á don Simplicio en pie sobre una bigornia.)

VULC. Tribútensele todos los honores que corresponden al protegido de vuestro amo. (Marcha triunfal.—Muda la decoración.)

ESCENA III

El teatro representa una campiña con el mar en el horizonte. Hacia el proscenio existe un banquillo de piedra, donde á su tiempo han de venir á descansar los dos amantes.

DON JUAN y DOÑA LEONOR

JUAN. Descansa un momento, Leonor mía. (Se sientan en el banco.) En breve, lo espero, volveremos á encontrar el asilo que nos tenía ofrecido la amistad.

LEONOR. ¡Qué triste estás, amigo mío! ¿Te arrepientes acaso, de haberme confiado el secreto de la protección á que hemos debido tantos prodigios?

JUAN. Lo has exigido, Leonor, y has vencido. Pero mi generoso bienhechor, que me había encargado tan encarecidamente el mayor sigilio, no tardó en manifestarme su resentimiento; lo has visto, tan pronto como se me escapó el secreto encargado desapareció, con mi preciosa patita, el carro mágico en que viajábamos. Y ojalá que este primer efecto de su venganza no sea precursor de mayores desgracias.

LEONOR. ¡Calla! (Riendo.) ¿Tú también ahora vas á volverte caviloso? ¡Qué tonto eres! Miren ustedes el gran delito: haberme dado á conocer el protector á quien debemos la dicha de vernos reunidos lejos de nuestros perseguidores.

JUAN. Ay, dueño mío, lo veo; aunque desesperara del favor de mi padrinito, los encantos de tu conversación, las gracias de tu lindísimo genio, lograrían consolarme. Pero no, no desconfío aún de recobrar el singular talismán que ha de labrar mi felicidad.

LEONOR. ¡Ah, ah, ah! (Riendo.) ¿Sabes que es muy original nuestro pretector? ¡Haber colocado su poder y nuestra felicidad en una pata de cabra! ¡Qué idea tan extravagante! En verdad, yo que soy tan loca no haría más. (Preludio de música que recuerda la marcha triunfal de don Simplicio.)

ESCENA IV

Dichos, DON SIMPLICIO y sus ocho CÍCLOPES

JUAN. ¿Que ruido es ese? ¡Gran dios! ¿Qué he visto? ¡Simplicio!

LEONOR. ¿Y qué monstruo es ese que le acompaña?

JUAN. Les ha de costar cara mi vida. (Desenvaina la espada.)

SIMPL. Aquí están. (Quiere adelantarse el jefe de los cíclopes, y le detiene don Simplicio.) Poco á poco, no estamos aún con suficientes fuerzas. No hay que aventurarse con ese bicho; es el mismo demonio. (Llegan los demás cíclopes.) Ahora sí, al menos tenemos fuerzas iguales ambas partes beligerantes. Conque amigos, á la refriega. (Embisten los cíclopes á don Juan, que se defiende un momento, pero no tarda en sucumbir. Entrega su espada á don Simplicio uno de los cíclopes. Atan á los dos amantes á unos postes que salen de tierra, para cuya operación el jefe de los cíclopes habrá dejado su cachiporra entre don Juan y doña Leonor.) Bueno, bueno; esta espada podrá reemplazar la que me echó á perder ese cocodrilo con sus hechicerías infernales. ¿Qué tal, señor don temerario? (A don Juan.) ¿Qué tal, ingrata? (A Leonor.) Rebelde, cruel, etc., ¿y ahora os burlaréis de mí? Es que yo también ahora

tengo mi protector, y famoso que es; si no dígalo el señor, que es un mero pajecito suyo. (Señalando al cíclope principal.) Encárguese usted (A dicho cíclope), con un par de esos muchachos, de guardar á los dos prisioneros, ínterin voy yo á casa de don Lope escoltado con los demás, por si acaso. Ay, cuánto va á admirarse don Lope así que me vea al frente de semejante ejército, así hecho un general, un sargento, un... ¿qué se yo? Conque, cuidado (Al cíclope principal); no se fíe usted de esa caruchita engañosa con sus ojazos hipocritones...; es capaz de pegársela al mismo señor Vulcano. Pronto vuelvo; conque, hasta la vista, compañero; y vosotros (A los seis cíclopes que han de ir con él), ¡adelante; marchen! (Vase con los cíclopes.)

ESCENA V

DON JUAN y DOÑA LEONOR encadenados, CUPIDO oculto, tres CÍCLOPES, las tres GRACIAS

JUAN. Y bien, Leonor, ya ves los nuevos efectos de mi indiscreción; quedamos á merced de nuestros enemigos.

LEONOR. Según lo que voy viendo, amigo mío, pudiera tener mis dudas sobre si el amor ha sido, como me lo dijiste, el director de tus anteriores prodigios. Porque ¿cómo hubiera castigado tan cruelmente una falta tan leve y tan natural? ¿Y pudiera él, acaso, ofenderse de esta falta, cuando por él la cometiste? Porque en fin, si me hubieses amado menos, seguro está que hubieses cedido á mis ruegos.

JUAN. Pues no lo dudes, él fué quien me protegió, él es quien ahora parece abandonarme. Pero á pesar de esta aparente contradicción, no puedo dejar de confiar en las promesas que arrancaron de mis manos los instrumentos destructores con que

traté, en mi delirio, de poner fin á mis males. Estas, no lo dudemos, se realizarán.

LEONOR. Sí lo creo, me lo dice el corazón; se realizarán.

(Sale Cupido de la cachiporra que el cíclope dejó entre los dos amantes)

CUPIDO. Esto me basta.

LEONOR. ¡Ah!

JUAN. ¡Qué veo!

CUPIDO. Chitón... silencio. Para probarte hasta qué punto me gusta el misterio que te encargué, resolví castigarte un momento por haber faltado á él, aun por mí, aun sin consecuencia. ¿Has rabiado un poquito? Estoy satisfecho. ¿Has persistido en fiar de mis promesas? Vengo á recompensarte; pronto os restituiré la libertad.

LEONOR. ¿Y esperas tú poder reducir á nuestros terribles guardas?

CUPIDO. Yo no soy más que un niño; pero puedo mucho, mucho, lindísima Leonor; vuestro enemigo cuenta con el imperio de la fuerza que llamó en su ayuda; en hora buena. Mas yo también tengo mi ejército para las ocasiones; invocaré el auxilio de las gracias, mis fieles hermanas, y no será la primera vez, hija mía, que el amor y las gracias habrán triunfado de la fuerza. Nadie menos que usted, bella Leonor, debiera dudar de su poder.

(Aprovecha Cupido el momento en que los cíclopes no le pueden ver para acercarse á la orilla del mar. Toca el agua con una de sus flechas, y salen de las ondas las tres gracias en una hermosa concha de nácar tirada por tres cisnes Las gracias y Cupido vienen á desatar á los amantes; los descubren los cíclopes, y llegan furiosos con el martillo levantado. Las gracias los enlazan en guirnaldas de rosas; ellos, admirados, no se atreven á hacer uso de sus armas, como detenidos por una fuerza desconocida; se burla de ellos Cupido. Este juego se repite dos ó tres veces en el curso de un sexteto bailado por las tres gracias y los tres cíclopes. Estos, rendidos, en fin, ceden á una especie de sueño, y caen al suelo. Mientras duermen, Cupido, con dos

golpecitos que da con una flecha en los postes que tienen los amantes encadenados, los hace desaparecer. Estos quedan libres.)

CUPIDO. No perdamos tiempo; seguidme. (Corren todos á refugiarse en la concha.)

LEONOR. ¡Cómo! (No atreviéndose á embarcarse.) ¿Todos en esta débil concha?

JUAN. ¿Qué temes? Llevas á César y su fortuna. (Señalando al amor.)

CUPIDO. ¿No te parece suficiente este esquife? (A Leonor.) Nada más fácil que complacerte. (Se transforma la concha en un magnífico navío del gusto griego antiguo, servido por una tripulación de cupidillos.)

ESCENA VI

Dichos, DON LOPE, DON SIMPLICIO, LAZARILLO y CÍCLOPES

SIMPL. Verán ustedes (Desde lo interior de los bastidores), verán ustedes que bien amarrados los tenemos.

LOPE. ¿Dónde están? (Saliendo.)

SIMPL. ¿Quién los ha libertado? (Saliendo y buscando.)

LOPE. ¡Toma, toma! Ahí los tenemos embarcados.

SIMPL. ¡Traición! ¡Traición! (Despierta á los Cíclopes.) ¿Así cumplís con vuestra obligación? ¡Alarma! ¡Alarma! (Todos corren hacia el navío, el cual se transforma así que se acercan en un espantoso monstruo marino que vomita llamas sobre ellos. Muda la decoración.)

ESCENA VII

El teatro representa una cueva. Hay un banquillo de peñasco hacia el proscenio de la izquierda. En el fondo existe un agujero que figura la embocadura de la cueva, y por donde sale agatas don Simplicio.

DON SIMPLICIO

SIMPL. ¡Loada sea mi santísima paciencia! Heme aquí embarcado para otra expedición. ¿Si saldré de

ella tan lucido como de las anteriores? ¿Si acabarán una vez de jugar á la pelota conmigo? Pero de cuantas me han pegado de algún tiempo á esta parte, ninguna como la última. Las armas invencibles del señor don Vulcano, ¿eh? El irresistible auxilio de su tuerto pajecito... Y todo eso al suelo por un mocoso que protege á mi rival, por el señorito Cupido, que todo lo vence, según las expresiones de la Leonorzuela. Pues por más que diga ésta, por más chascos que me esté llevando á todas horas, yo no puedo creer á ese niño con tanto imperio. Piensan lo propio aquel cantorcito italiano y la tía Casturia, bruja setentona, con quienes consultaba ahora poco mi apuro; y á su consejo me atengo. Ellos me han dicho que en esta cueva vivía un mágico que recibe del dios Pluto, del numen de las riquezas, las inspiraciones de su ciencia, y que nadie sería poderoso más que él á asegurarme el triunfo: á ver, pues. Pero me dijeron que tan pronto como llegase á introducirme se me presentaría el mágico, y no parece. Me sentaré á esperarle. Muy mal hecho dejar así solas personas que vienen de visita. Esta muestra de impolítica del señor ministro de Pluto me da muy mala espina. ¡Eh! Este será algún charlatán como el Vulcano, algún loco, algún... (Un enorme brazo aso á don Simplicio por los cabellos y lo levanta á algunos pies del suelo sacudiéndolo.) ¡Ay, ay! Señor mágico invisible, suelte usted por caridad, suelte usted, que tengo el cutis de la cabeza sumamente sensible. ¡Perdón! ¡Perdón! (Le suelta el brazo.) ¡Uf, qué susto! Tienen razón en decir que no hay que murmurar de los ausentes. (Se levanta, y sale de tierra, entre sus pies, una llamarada muy viva. Quiere retroceder, y encuentra otro tanto detrás y á los lados.) ¡Miren ustedes que tontería! ¡Ir á encender lumbre ahí debajo! Me han quemado las cejas. Serán tal vez las cocinas del mágico. ¡Caramba, que calientes! Por lo vis-

to, lo más prudente es tomar las de villadiego y renunciar á Leonor, que no vale ella ni toda su casta los trabajos sin número á que me expongo. (Se presenta á la embocadura por donde salió, y encuentra en ella un horrible Cancerbero.) ¡Ay! ¡No salgo de esta! ¡Señor mágico, don Lope, madre, señor mágico! (Se tira al suelo boca abajo. Truenos horrorosos. Sale del agujero del apuntador un mágico que tiene alternativamente cuatro ó siete pies de estatura, según se va bajando ó alzando don Simplicio para hablarle. Tiene los ojos vendados. Su riquísimo ropón de púrpura, cubierto de monedas de todas clase, deja ver de cuando en cuando al cuerpo que cubre imperfectamente, y éste es un esqueleto asqueroso.)

ESCENA VIII

DON SIMPLICIO y el MÁGICO

MÁGICO. Levántate, mortal pusilánime.

SIMPL. Si estoy exánime.

MÁGICO. Levántate, repito, y serénate ya. Sólo quise hacerte pagar con algunos instantes de susto el haber dudado de mi ciencia y de mi poder.

SIMPL. Pues si os propusisteis asustarme (Levantándose), quedad persuadido de que lo habéis logrado completamente. ¡Ojalá pudieseis ahora hacerme tanto bien como me hicisteis mal! Pero, ¿por dónde habéis entrado?

MÁGICO. Por ahí. (Señalando al agujero del apuntador.)

SIMPL. ¡Por ese agujero! ¡Cosa rara!

MÁGICO. ¡Ingrato! Más de una vez tú y los tuyos encontrásteis ahí un bienhechor auxilio... Más de una vez salieron prodigios de ese agujero.

SIMPL. Ya, pero las riquezas... eso es otra cosa.

MÁGICO. Vamos al caso: ¿qué exiges de mí?

SIMPL. Quiero... creo... espero... deseo... apetezco... ambiciono... ¿qué sé yo? En una palabra: hacedme todo el bien que pudiereis, en la inteligencia que nunca me quejaré de las sobras.

MÁGICO. Conozco el motivo que te ha traído á este misterioso albergue.

SIMPL. Me alegro mucho, porque me ahorráis el trabajo de decíroslo.

MÁGICO. Debo confesarte que en el caso en que te encuentras, mi poder es inferior al del numen que protege á tu dichoso rival. A la verdad, tu venganza está probablemente en el porvenir que espera á tus contrincantes; pero como mi ciencia no alcanza sino lo presente...

SIMPL. Entiendo; eso quiere decir que hay mágicos y mágicos, y que como los hay que prevén lo futuro, no prevéis vos más que lo presente; otros no prevén sino lo pasado, etc., etc.

MÁGICO. No; lo que quiero decir es que mis favoritos nunca pueden confiar en el porvenir, y que mis más opulentos dones no pueden comprar aquella felicidad que sólo pueden asegurar el corazón de una esposa, el cariño de los hijos, la paz de la conciencia, la influencia del mérito, la cultura de las letras y de las ciencias, y sobre todo la virtud, el honor.

SIMPL. Vamos, vamos, yo saco en limpio de todo eso que ni la autoridad de un tutor, ni el imperio de la fuerza, que ya usé, ni el prestigio de las riquezas que he venido á invocar, pueden con el amor.

MÁGICO. Que puede con todo.

SIMPL. Pues señor, á lo que habré venido aquí es á bailar un rigodón en el aire, á chamuscarme los bigotes, etc. Sea enhorabuena, y muchas gracias.

MÁGICO. Lo único que puedo hacer en favor tuyo es informarte de que don Juan y doña Leonor están á la hora esta en poder de don Lope.

SIMPL. ¡Ah! (Saltando de alegría) Pues esto me basta. ¿Por qué no me lo dijisteis desde luego, sin tanto preámbulo? ¿Pero está usted seguro?

MÁGICO. Va á confirmártelo inmediatamente la propia boca de don Lope.

SIMPL. Inmediatamente, ¿y cómo?

MÁGICO. Van á encontrarse trasladados ahora mismo al lado tuyo. Adiós. (Se hunde el Mágico, y salen llamas del escotillón.)

SIMPL. ¡Que se va usted á quemar, señor Mágico! ¡Cómo va rodando! ¡Válgame Dios, qué profundas son las profundidas de la tierra! (Truenos. Llegan como atontados de una caída don Lope y Lazarillo.)

ESCENA IX

DON SIMPLICIO DON LOPE y LAZARILLO

LOPE. ¡Ay! ¡ay! ¿Qué es eso, dónde estamos? ¡Ah, mi querido Simplicio, cuánto celebro encontrarle á usted! Su nueva ausencia me tenía ya con cuidado.

SIMPL. Y á mí también.

LOPE. Estábamos temiendo que le hubiese sucedido á usted un nuevo chasco.

SIMPL. Yo también. Afortunadamente no ha sido nada. Alguna que otra travesurilla de un señor Mágico cortilargucho.

LOPE. Amigo, ¡gran noticia!

SIMPL. Ya la sé.

LOPE. ¿Cómo?

SIMPL. Sí, que están ya en poder de usted nuestros fugitivos.

LOPE. ¿Y quién ha podido enterarle á usted?

SIMPL. El Mágico.

LOPE. ¿Qué Mágico? Yo nada entiendo de lo que usted me dice.

SIMPL. No lo extraño, pues yo tampoco lo entiendo.

LOPE. En fin, sea lo que fuere; ya no se nos pueden escapar; y le preparo al don Juanito un castigo igual á su audacia.

SIMPL. Bien hecho.

LOPE. Quiero que Leonor no salga de la torre donde la tengo nuevamente encerrada sino para darle á usted su mano,

y que mañana, al despuntar el día,
ya casados en fin el sol os vea.

Yo juro..... (Estrépito de tam, tam.)

VOZ ESTRUENDA. No jures, temerario Lope: no jures cumplir lo que no está en tu poder, antes bien apresúrate á unir á don Juan con su Leonor.

SIMPL. Amiguito. (Con voz de falsete.) *Tarde piace.*

VOZ. Temed mi cólera.

LOPE. Ta, ta, ta; ya están en jaula, y me río yo de la cólera de cualquiera.

VOZ. Tu audacia y tu incredulidad van á quedar confundidas. (Muda la decoración al son de una música suave.)

ESCENA ÚLTIMA

El teatro representa el palacio aéreo de Cupido. Éste está sentado en un trono de rosas entre don Juan y doña Leonor

CUPIDO. Y bien, ¿dudaréis aún de mi imperio, y resistiréis más á mis decretos?

LOPE. Perdona mi temeridad, y cuenta con mi sumisión.

CUPIDO. Sólo exijo de tí que hagas felices á estos dos amantes.

LOPE. La felicidad de mi pupila era mi único anhelo; una vez que don Juan puede asegurársela, no resisto más; unidos sean.

JUAN. ¿Y qué dice á todo esto el noble don Simplicio Bobadilla de Majaderano y Cabeza de Buey?

SIMPL. Digo, que supuesto que Leonor no me quiere ni miaja, que don Lope la da por esposa á don Juan, y que no me queda absolutamente medio ni arbitrio alguno para conseguirla, renuncio generosamente su mano, y la cedo á mi favorecido rival. Me parece que me porto como caballero, y si no que lo diga Lazarillo.

LEONOR. Bravo, bravo, don Simplicio. Cumpliendo con lo que les ofrecí antes, quedan ustedes convidados

á mis bodas. Van á dar principio los festejos; tomen ustedes asiento. (Una nube que se levanta recoge sentados á don Lope y don Simplicio.)

SIMPL. Una vez que quedamos amigos, ¿me harán ustedes el favor de explicarme quiénes son esos demás convidados tan cucos que nos rodean?

LEONOR. Todo aquí recuerda las glorias de mi benéfico protector. Hércules hilando á los pies de Onfales; Diana y Endimión; Cibeles, Neptuno, Vulcano, Céfiro, Tritón y la Aurora; en fin, el amor dominando la tierra, el fuego, los aires, el agua, y triunfando de la fuerza, de la prudencia, de la vejez, de todo, en fin, porque todo..... Todo lo Vence Amor.

JUAN. Ó la Pata de Cabra. (Enseñando su talismán.)

SIMPL. (Perdonad sus muchas faltas, etc., etc.). (Bailete general.)

FIN DE LA COMEDIA

EL HÉROE POR FUERZA.